

# CRISTIANDAD

Año XX - Núm. 391

BARCELONA

SEPTIEMBRE 1963

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



## SUMARIO

CONCILIO DE RENOVACION  
Francisco Canals Vidal

CONVOCATORIA OFICIAL  
A LA II SESION DEL CONCILIO

ALOCUCION DE S. S. PABLO VI  
INICIANDO LA II SESION  
DEL CONCILIO

EL CULTO AL SAGRADO CORAZON  
DEL SIGLO XII AL XVII  
Roberto Cayuela, S. I.

CAMBIOS Y CONFLICTOS  
Fernando Serrano Misas

¿DE QUE SE TRATA  
VERDADERAMENTE  
EN EL VIET-NAM?  
Georges Naidenoff

LA IGLESIA CATOLICA  
EN EL CONGO

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º-Tlf. 221 27 75

ADMINISTRACIÓN:  
Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

## «CONCILIO DE RENOVACION»

«Non sacra per homines inmutari  
fas est, sed homines per sacra»

«Al sobrevenir el acontecimiento del Concilio mucha gente espera que la Iglesia tomará un aspecto nuevo. Pero ¿a qué clase de cambios tiende su expectación?»

»Hay que pensar que la Iglesia no ha de renovarse sólo externamente, sino que también ha de ser internamente revigorizada y espiritualmente enriquecida.

»Las esperanzas que algunos se forman les llevan a desear cambios en la disciplina eclesiástica, como si ésta fuese algo ya inepto y pasado de moda. Tal actitud, aunque razonable y legítima con respecto a ciertas formas ya inconducentes a la eficiencia espiritual y pastoral de la Iglesia (así en algunas materias relativas a la liturgia) supone una comprensión superficial del vital esfuerzo en que está hoy comprometida la Iglesia.

»Hace sospechar la frecuente tendencia a orientar el esfuerzo hacia la conformación a los modos de la vida de la sociedad secular, cierta inconsistencia que se deja llevar por los modos de pensamiento y conducta de la época, y un tipo de respeto humano que descuida nuestro deber de vivir en el mundo como quien difiere de él, de él se destaca, y le resiste.

»Nuestra reforma no debe consistir en mostrar indulgencia al sistema de vida de nuestro tiempo, como si nuestra sal tuviese ya que perder su sabor, el sabor de una ardiente y saludable reacción, sino en afirmar con vigor nuestro original y autónomo ideal de vida que proviene del Evangelio, y de la concreta interpretación que deriva de la experiencia ascética y de la legislación de la Iglesia.

»Hablar, por ejemplo, del «declinar de la era constantiniana»; del pluralismo ideológico; de la Iglesia «espiritual» como contrapuesta a la «jurídica»; referirse al «paternalismo» de la autoridad eclesiástica; reivindicar una libertad desenfrenada de pensamiento y acción en el dominio de las «opiniones libres», para sustraerse efectivamente a la obediencia práctica necesaria a la comunidad de los fieles; favorecer, como si fueran actitudes superiores y refinadas, expresiones espirituales indóciles y críticas, intolerantes hacia las comunes costumbres de la vida católica y hacia el sacerdocio, es extremadamente

**peligroso. Se presta así autoridad a conceptos imprecisos, se alientan actitudes subversivas y se alimentan falsas esperanzas.»**

\* \* \*

Adquieren hoy difusión mundial estas palabras dirigidas al clero de Milán por el Cardenal Montini en escrito fechado el Domingo de Ramos del presente 1963; tras la experiencia de la primera sesión conciliar y viviendo la espera de la segunda fase del Vaticano II.

Que el Cardenal Montini sea hoy Paulo VI es extrínseco y accidental respecto a la autoridad de sus palabras de entonces. Pero por circunstancias bien conocidas, y a las que casi no es necesario aludir, ha sido la elevación del arzobispo de Milán al solio Pontificio la que les da hoy el carácter de noticia de excepcional y sensacional significado.

Nos encontramos ante una expresión explícita e intencionada de la línea esencial de todo un complejo sistema de actitudes, reacciones y malentendidos suscitados en torno al Concilio. La prensa diaria y la generalidad de los órganos de máximo influjo coincidieron en difundir la imagen de un "concilio de renovación". Al reformarse para renovarse la Iglesia iba a conseguir su "puesta al día".

Renovación, reforma y "aggiornamento" son términos que han sonado insistentemente en labios de Juan XXIII y de Paulo VI. Pueden definir bien la finalidad e intención de la asamblea ecuménica. Cumple así la Iglesia su misión apostólica y santificadora, que le incumbe en todo tiempo, y que ciertamente hay que reconocer que le urge por título especialísimo "en nuestros tiempos".

Todas las vocaciones y tareas humanas, individuales o colectivas, naturales o sobrenaturales, se ven inevitablemente afectadas por una dimensión nueva, en que podemos ver la característica específica de "nuestro tiempo".

Podríamos nombrar esta característica llamándola conciencia del progreso como imperativo histórico. Pero dejaríamos indeterminado en un rasgo esencial este elemento nuclear de la conciencia moderna, si no precisáramos que este progreso no consiste en un despliegue y enriquecimiento de lo recibido por herencia histórica, sino en una liberadora ruptura con respecto al pasado, y a lo que en el presente es todavía gravoso obstáculo tradicional y estorbo atávico al "irremediable" paso adelante. Por esto el progresismo se cree siempre en situación de invocar frente a las posiciones conservadoras el privilegio de estar a la altura exigida por los tiempos.

La atención expectante hacia lo nuevo invade la vida cotidiana del hombre-masa, por la universal presencia de algo tan tangible como es el progreso técnico, que crea continuamente nuevas necesidades y las impone inapelablemente por la omnipresente publicidad. Por esto no son ya minorías, sino que es el hombre de la cotidianidad, quien aprehende como algo obvio la maldad de lo "antiguo" y su inevitable ruinosidad.

\* \* \*

Cortemos el hilo de estas reflexiones para leer lo que, al anunciar por primera vez el futuro Concilio Ecuménico, afirmó Juan XXIII:

**«Para colmo de desventura para la grey de los hijos de Dios y de la Santa Iglesia, se añade la tentación y la atracción hacia las ventajas de orden material que el progreso de la técnica moderna —en sí misma indiferente— magnifica y exalta.**

**»Todo esto —queremos decir este progreso—, mientras distrae de la búsqueda de los bienes superiores, debilita las energías del espíritu, conduce al relajamiento de los vínculos de la disciplina y del buen orden antiguo, con grave perjuicio de lo que constituyó la fuerza de resistencia de la Iglesia y de sus hijos a los errores, que siempre en realidad en el curso de la historia del cristianismo llevaron a divisiones fatales y funestas, a decadencia espiritual y moral y a la ruina de las naciones.**

**»Tal constatación dicta en el corazón del humilde sacerdote que la indicación manifiesta de la divina Providencia condujo, aunque indignísimo, a esta altura del Sumo Pontificado, una resolución decidida por el recuerdo de algunas formas antiguas de formación doctrinal y de sabio ordenamiento de la disciplina eclesiástica, que en la historia de la Iglesia, en épocas de renovación, dieron frutos de extraordinaria eficacia...**

**»Ante vosotros, venerables Hermanos y amados hijos nuestros, pronunciamos, temblando ciertamente un poco por la emoción, pero a la vez con humilde resolución en el propósito, el nombre y la propuesta de... un Concilio Ecuménico para la Iglesia Universal.»**

\* \* \*

Acostumbrados ya a que los términos "línea Concilio", "línea Juan XXIII", suenen como sinónimos de "tendencia progresiva" o "corriente renovadora", puede sorprendernos recordar que el intento de defender "il buon ordine antico" y los vínculos de la disciplina, ante peligros derivados del moderno progreso, fuese aludido por Juan XXIII al expresar el motivo esencial del Concilio.

Algunos parecen haberse formado ya su idea acerca de la "exigencia renovadora", y de acuerdo con tal idea, que pretenden presentar con la consistencia de algo objetivo y autorizado en la Iglesia, formulan sus juicios y sus amonestaciones a quienes todavía tienen la audacia de aferrarse a posiciones "conservadoras".

No dejarían éstos de acusarnos de aducir tendenciosamente citas fragmentarias, para confundir la clara evidencia de múltiples expresiones pontificias que urgen la consigna renovadora. Responderíamos a esto que si se olvidan palabras como las que acabamos de citar no pueden sino malentenderse muchas otras. En todo caso, los párrafos que hemos invitado a recordar contienen la primera palabra del Papa Roncalli sobre el Concilio.

\* \* \*

Es preciso reconocer el carácter al menos problemático, en modo alguno público y auténticamente autorizado, del imperativo del progresismo, que presentan muchos cual si fuese la nueva y omnicomprensiva regla para el verdadero sentir con la Iglesia. Tal imperativo se propone, efectivamente, con decidida claridad y urgente tono de advertencia y apremio.

La alusión silenciada antes, acude ahora por sí misma. Pudimos oír y leer argumentos que, a partir del hecho de la elección del Papa Montini, concluían en la tesis de la patente directiva "renovadora" impresa a la Iglesia por el Espíritu de Dios.

Con método parecido se llega a insinuar la denuncia contra "focos de resistencia", de carácter "minoritario", que sintiéndose sin fuerzas para una rebelión abierta, preparan una actitud de "obediencia selectiva" ante las futuras decisiones conciliares, cuyo signo es ya previsible. A pesar de aquel carácter minoritario, esta resistencia conservadora es todavía temible, por razón del "alto puesto" que ocupan en la Iglesia algunos de sus dirigentes. A nadie se oculta que al hablar así se viene a acusar, como inspiradores de una línea discrepante del espíritu del Concilio, a los más caracterizados miembros de su Comisión de Doctrina.

\* \* \*

El sensacionalismo periodístico ha adoptado como criterio prácticamente único para interpretar las tareas conciliares la del hecho de la división en "dos tendencias". Vale generalmente para esta literatura de actualidad la simple y aguda crítica formulada no hace mucho en una revista irlandesa refiriéndose al libro de Robert Kaiser "Al margen del Concilio":

*"Divide los miembros del Concilio en progresistas y conservadores; aplaude a los progresistas y condena a los conservadores" (1).*

Este esquema ofrece, por desgracia, las más abundantes posibilidades de malentendido y confusión entre el mensaje de la Iglesia y las inquietudes de la modernidad.

El imperativo cristiano de renovación y reforma tiene siempre a que el fermento de la gracia regenere el hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdadera. Conforme a tal vocación la reforma cristiana consiste en "la transformación de los hombres por la virtud de lo sagrado", en antítesis al antropocentrismo rebelde que pretendería "cambiar lo sagrado por la fuerza del hombre", según expresó genialmente un gran hombre de Iglesia en los años del Renacimiento y la reforma luterana (2).

(1) *Ireland's Catholic Standard*, septiembre 1963.

(2) Egidio Canisio de Viterbo, dirigiéndose al V Concilio Euménico de Letrán.

Precisamente porque las ideas impulsoras de la moderna revolución anticristiana son en el fondo ideas cristianas enloquecidas, se abren al máximo las posibilidades de malentendido entre la permanente exigencia cristiana de renovación, al servicio del orden antiguo y eterno querido por Dios, y el afán de novedades que es característica dimensión del "hombre viejo". Tal afán suplantado y obscurece, en el horizonte de la mundanidad, la tradicional "novedad" cristiana, por un impulso destructor de la armonía entre la naturaleza y la gracia, adverso a "lo recibido", despreciador de la herencia divino-humana en que se han sedimentado las experiencias milenarias de muchas generaciones cristianas.

Es innegable que el confusionalismo progresista ha forzado la visión del Concilio hasta generalizar la falsa imagen de una asamblea en la que, por la voluntad de los propios Pontífices, se ha producido el acontecimiento del triunfo en la Iglesia de una tendencia mayoritaria, dispuesta a imprimir en su vida un cambio de rumbo "modernizante".

Es útil releer ahora, como texto ejemplar en tal sentido, un artículo que en octubre de 1962, al iniciarse la primera Sesión conciliar, publicó uno de los *magazines* de más amplia influencia en la opinión:

*"S. S. el Papa Juan XXIII, que tiene la cautela tradicional en un prelado católico hacia las palabras que sugieren un cambio drástico, habla de aggiornamento — una modernización..."*

*"En la vida católica casi todo podría ser objeto de un nuevo examen. En materias de disciplina, los Padres del Concilio podrían modificar las leyes de la Iglesia sobre el celibato del clero, la pompa en la jerarquía, la abstinencia de carne en viernes, el traje talar, el uso del latín en la Misa y el índice de libros prohibidos. La Iglesia en Concilio no puede rechazar los dogmas definidos por papas o concilios anteriores; pero los Padres pueden advertir formalmente que no se ha dicho la última palabra sobre los dogmas de la Iglesia, y pueden intentar dar una nueva dimensión a doctrinas tales como la infalibilidad papal, la «presencial real» de Cristo en la Eucaristía, la naturaleza del pecado original..."*

*"El Vaticano II se reunirá en un momento en que la Iglesia atraviesa una transición, en que intenta señalar una corriente verdadera y vigorosa a través de la turbulencia intelectual y social. El arzobispo Lorenz Jaeger, de Paderborn, uno de los más explícitos abogados del cambio en la Iglesia, afirma que el catolicismo ha llegado por fin «al término de la era constantiniana». En un mundo en revolución permanente, arguye, la Iglesia debe pensar en términos universales y abandonar cierto número de conceptos que gobernaron su pasado. Entre éstos está la creencia de que la alianza de los poderes espiritual y temporal es conforme a la naturaleza de las cosas; la visión rigidamente jurídica de la Iglesia, derivada del derecho romano."*

*"Pero no se requiere tan amplia perspectiva, ni una comprensión filosófica para percibir los vientos del cambio:*

*"En la Europa septentrional y en los EE. UU. una nueva generación de laicos formados teológicamente ha comenzado a murmurar contra la predicación tónica y la piedad poco cultivada de la antigua generación de sacerdotes, y comenzado a exigir un papel propio en el régimen de la Iglesia...*

*"En el enrarecido mundo de la enseñanza teológica el rígido escolasticismo decimonónico ha cedido lugar a una forma más abierta de tomismo, capaz de incorporar puntos de vista de Freud, Dewey, Sartre e incluso Marx.*

*"... En el paleontólogo jesuita Theillard de Char-den la Iglesia ha poseído una figura religiosa que intentó — y estuvo cerca de conseguir — la ruptura del muro que separa la ciencia moderna y la fe tradicional.*

*"En la doctrina social el Vaticano parece haber abandonado la actitud rígidamente anticomunista de Pío XII" (3).*

Se trataba de toda una constelación de esperanzas de bien definido matiz. A algunas de ellas alude el texto del Cardenal Montini del pasado domingo de Ramos. Otras, como la ilusión de que el espíritu pastoral implica el abandono por la Iglesia de las condenaciones antes formuladas contra el comunismo, se han visto frustradas por la actitud del Papa Paulo VI.

\* \* \*

No queremos terminar estas notas sin referirnos a un punto que afecta especialmente a nuestra patria.

Para los católicos españoles el conjunto de falsas esperanzas y de amonestadores avisos ha venido a converger en torno a un problema que concreta la aplicación a nuestra vida colectiva de la supuesta exigencia "conciliar" del "fin de la era constantiniana".

Nuestra patria vive legalmente en régimen de Estado confesional y unidad católica. Responde esto a una herencia secular que remonta al siglo VI de nuestra Era y, de modo inmediato, significa el cumplimiento de la voluntad de la Iglesia, reiterada al establecerse el régimen concordatario vigente (4).

Por un extraño confusionismo parece haberse conse-

(3) *Time*, 5 octubre 1962. Cf. *El complejo constantiniano*, por Francisco Segura, S. I., *CRISTIANDAD*, núm. 383, enero de 1963, pág. 24.

(4) Conferencia pronunciada por Mon. Dr. Laureano Castán Lacomá en *Schola Cordis Iesu*, *CRISTIANDAD*, núms. 358 y 359.

guido crear un ambiente en el cual la persistencia de la unidad católica viene a ser considerada, no sólo como un particularismo español arraigado en prejuicios atávicos, sino como algo destinado a ser corregido por la autoridad de la universal Iglesia, que impondría así, a este vasto "foco español" de resistencia conservadora, la entrada en las vías del espíritu que alientan en la cristiandad de hoy.

En este punto como en otros muchos, los "conservadores" podríamos alegar el derecho a mantenernos en la línea recibida en la enseñanza pontificia y en la misma legislación concordada. La autorizada pluma del P. Eustaquio Guerrero señaló la posición justa y serena al escribir:

"Hablan mucho estos días la prensa y la radio extranjeras encareciendo, de una parte, la necesidad de que colaboremos al bien común de la Iglesia y nos integremos en Europa y en el mundo, y de otra, poniendo de relieve el obstáculo que a esta colaboración e integración crean las limitaciones impuestas por el Concordato y otras leyes españolas a las manifestaciones externas y al proselitismo de las diferentes confesiones y sectas protestantes...

"El Concilio no ha deliberado aún sobre libertad religiosa, ni se sabe cuáles serán sus conclusiones, ni si caso de ser como algunos progresistas las desean, el Papa las suscribiría." (5)

Entre tanto parece obvio que es prudente no someterse a amonestaciones que sugieran nuevas normas para nuestro sentir con la Iglesia. Sobre el fundamental punto de la persistencia o de la obligatoria caducidad de la "era constantiniana" no sólo estamos en el derecho, sino incluso en el deber, de continuar en obediencia a la directiva que formularon hace algunos años los metropolitanos españoles:

**«Guardémonos los católicos españoles de criticar a nuestros hermanos que viven en minoría en algunos Estados y naciones porque se amparan bajo la bandera de la libertad; pero jamás nos lleve ello a conceder en tesis los mismos derechos al error y a la verdad; y guárdense los católicos de cualquier país, si quieren ser verdaderamente tales, si quieren ser fieles a las enseñanzas pontificias, de motejar a los católicos españoles (o de cualquier otro país que tengan la gran fortuna de conservar la unidad católica), de intransigentes y de retrógrados por defender dicha unidad católica. ¡Es imposible tener fe en la Iglesia católica, sin desear como ideal para toda la nación y para todo el Estado, el de la unidad católica! (6)**

(5) Eustaquio Guerrero, S. I., en el diario *YA*, 5 marzo 1963.

(6) Instrucción de los Rvdos. Metropolitanos españoles, 28 de mayo de 1948.

# CONVOCATORIA OFICIAL DE LA SEGUNDA SESION DEL CONCILIO

Venerable y dilectísimo hermano: Nuestro predecesor Juan XXIII, cuyo piadoso recuerdo permanece siempre vivo en Nos y en toda la familia cristiana, comprendiendo plenamente los signos y exigencias del tiempo actual, con intrépido ardor y ánimo confiado emprendió la obra grandiosa del Concilio Ecuménico Vaticano II. Se puede creer, con fundamento, que para ello fue inspirado por un particular impulso de la divina Providencia, que “suavemente dispone todas las cosas” (Sap. 8, 1) y con suma sabiduría mira por el bien de la Iglesia, según las necesidades.

Son conocidos el interés y la esperanza que ha despertado entre los hombres este Concilio Ecuménico, de tan vastas proporciones; que ha coronado de gloria inmortal el nombre del Pontífice Juan XXIII, autor de tan gran empresa. Pero por inescrutable designio de Dios fue sorprendido por la muerte, con inmenso dolor de los fieles, y también de los acatólicos, después de haber entregado todas sus energías a esta empresa y haber celebrado la primera fase del mismo Concilio. No hay duda, sin embargo, de que, humildemente sumiso a la voluntad divina, al abandonar el destierro terreno logró la gran abundancia de gracias celestiales para la Iglesia, habiendo ofrecido su vida a Dios por el feliz éxito del Concilio.

Nos, que por arcana disposición divina le hemos sucedido, aceptamos su herencia, en el nombre de Dios y confiando en el esfuerzo y colaboración de los padres conciliares. Deseando, por ello, continuar diligentemente lo que con tanto fervor se emprendió, te convocamos con esta carta, venerable hermano, para proseguir el Concilio Ecuménico Vaticano II, cuyo nuevo período dará comienzo, como ya sabes, el próximo día 29 de septiembre.

La meta de este Concilio, el más numeroso de todos los tiempos, la conoces: como dijo nuestro ilustre predecesor, es necesario que la Iglesia católica aparezca con su perenne vigor, como instrumento de salvación para todos, pues a ella le confió Nuestro Señor Jesucristo el

depósito de la fe, para custodiarlo íntegramente y darlo a conocer, por medio de su eficaz actividad, a todos los hombres, de un modo conveniente y adecuado. Este poderoso vigor de la Iglesia, que ilumina, mueve y atrae a las almas, puede adquirir fuerza nueva en el Concilio que se celebra junto a la tumba de San Pedro. Y para que esto suceda habrá que promover las múltiples formas de apostolado, con los medios oportunos, y encauzarlos ordenadamente al único y supremo fin, y habrá que invitar también, con plena confianza, a los seglares a tomar parte en esta obra de salvación. A esto, asimismo, se encamina la solicitud de la Iglesia en favorecer la unidad entre los hombres, en primer lugar entre los que se profesan cristianos: solicitud tan eficazmente expresada por estas palabras del Salvador: “Y habrá un solo rebaño y un solo pastor” (Juan 10, 16).

No olvidando las graves responsabilidades que tiene el Concilio, que cada uno de los padres se prepare para las próximas reuniones con intensa oración y ejercitándose en otras obras de piedad. Que también los fieles confiados a tus cuidados sean invitados a hacer otro tanto por medio de tus consejos; en primer lugar, los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los enfermos y todos los afligidos, aceptando sus sufrimientos por esta obra; los niños y las niñas, blancas flores particularmente gratas a Dios.

El Espíritu Santo que vivifica el cuerpo de la Iglesia, invocado por ti y por el coro de tus fieles, asista con su presencia los trabajos del Concilio, y que por fin, como vivamente lo pedimos en nuestras oraciones, esté “Cristo en todos” (Col. 3, 11).

Con esta gran confianza te expresamos, venerable hermano, nuestro afecto; sea prenda y testimonio de él la bendición apostólica que de corazón concedemos a ti y a todos los que son objeto de tus preocupaciones pastorales.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 14 de septiembre de 1963, Fiesta de la Exaltación de la Cruz, primer año de nuestro pontificado.

PABLO PP. VI

# ALOCUCIÓN DE S. S. PAULO VI INICIANDO LA II SESIÓN DEL CONCILIO

Os saludamos, hermanos amadísimos en Cristo, a quienes Nos hemos convocado de todas las partes del mundo donde la santa Iglesia católica ha llegado a implantar su jerarquía. Os saludamos a cuantos, acogiendo nuestra invitación, habéis acudido a celebrar juntamente con Nos la segunda sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II que hoy, bajo la égida del arcángel San Miguel, celeste protector del pueblo de Dios, tenemos la dicha de inaugurar.

En verdad que cuadra a esta solemne y fraterna asamblea, en la que se reúnen el Oriente y el Occidente, las latitudes septentrionales y las meridionales, el profético nombre de "Ecclesia", es decir, congregación, convocación. En verdad que, de una manera nueva, se cumple la palabra que en este momento nos viene a la memoria: "Por toda la tierra resonó la voz y hasta los últimos confines de la habitada tierra llegó el mensaje" (cf. Romanos, 10, 18; Ps., 18, 5). Oh, cómo replandecen admirablemente conjuntas aquellas antiguas notas de la Iglesia, por la cual la declaramos una y católica; y este espectáculo de universalidad evoca el origen apostólico que, fidelísimamente reflejado y celebrado, evoca a su vez la finalidad santificadora de nuestra queridísima Iglesia de Dios. Refulgen sus notas características, el rostro de la Esposa de Cristo resplandece, nuestros ánimos se embriagan con aquella conocidísima, pero siempre arcana experiencia, que nos hace sentirnos Cuerpo místico de Cristo y gustar el gozo incomparable y todavía ignorado por el mundo profano del "quan iucundum habitare fratres in unum" (Ps. 132, 1).

No es inútil acoger en nuestros espíritus, desde este primer momento, la advertencia del fenómeno humano y divino que estamos llevando a cabo: aquí otra vez, como en un nuevo cenáculo, que resulta estrecho no por las dimensiones amplísimas de su mole, sino por la multitud de cuantos en él están reunidos; aquí, con la asistencia segura desde el cielo de la Virgen Madre de Cristo; aquí, hermanos, en torno al último de los sucesores de Pedro en el tiempo y en el mérito, pero idéntico al primer apóstol en la autoridad y en la misión, congregados como los apóstoles, pues lo sois, originarios del colegio apostólico y sus auténticos continuadores; aquí, juntamente orando y juntamente unificados por una misma fe y una misma caridad; aquí, disfrutaremos del carisma del Espíritu Santo que no dejará de estar presente, animando, enseñando, fortaleciendo; aquí todas las lenguas serán una sola voz, y una sola voz será el mensaje al universo entero aquí llega con paso franco, después de casi veinte siglos de camino, la Iglesia pere-

grina, aquí, en la fuente que apaga toda sed y despierta toda ser nueva, reunido el escuadrón apostólico de todo el mundo y de aquí volverá a emprender confiadamente el camino en el mundo y en el tiempo hacia la meta que está más allá de la tierra y más allá del siglo.

¡Os saludamos, hermanos! Así os acoge el más pequeño de entre vosotros, el siervo de los siervos de Dios también cargado con las llaves supremas entregadas a Pedro por Cristo Señor nuestro; así os agradece la prueba de obediencia y de la confianza que vuestra presencia le trae; así os demuestra con hechos su voluntad de orar con vosotros, de dialogar con vosotros, de deliberar con vosotros y de trabajar con vosotros. ¡Oh!, el Señor Nos es testigo cuando desde este momento inicial de la segunda sesión del gran Sínodo os decimos que no hay en nuestro ánimo ningún propósito de humano dominio, celos algunos de poder exclusivo, sino tan sólo deseo y voluntad de ejercitar el divino mandato que entre vosotros y de vosotros, hermanos, nos hace Pastor supremo, y que de vosotros demanda lo que constituye su gozo y su corona, la "comunidad de los santos", vuestra fidelidad, vuestra adhesión, vuestra colaboración; y a vosotros os ofrece, en cambio, lo que más le regocija dar: su veneración, su estima, su confianza y su caridad.

## Anticipación de la primera encíclica

Pensábamos, como una sagrada costumbre nos lo prescribe, enviaros a todos vosotros nuestra primera Carta Encíclica; pero, ¿para qué, Nos hemos dicho, confiar al escrito lo que, gracias a una felicísima y singularísima ocasión — es decir, gracias a este Concilio Ecuménico — podemos manifestar de viva voz? Es cierto que no podemos decir ahora de palabra todo lo que tenemos en el corazón y que por escrito es más fácil expresar. Pero valga, por esta vez la presente alocución como preludio no solamente de este Concilio, sino también de nuestro Pontificado. Sustituya la palabra viva a la Carta Encíclica que, Dios mediante, transcurridos estos días laboriosos, esperamos más adelante dirigiros.

Así, pues, después de haberos saludado, Nos presentamos a vosotros. Somos, en efecto, nuevos en el oficio pontifical que estamos ejercitando, o, por mejor decir, inaugurando. Sabéis, efectivamente, que el Sagrado Colegio cardenalicio aquí presente, al que queremos honrar una vez más con nuestro cordial respeto, no mirando a nuestros desmerecimientos y a nuestra pequeñez, el día 21 de junio pasado, día por feliz coincidencia dedi-

cado este año a la fiesta del Corazón santísimo de Cristo, nos ha querido elegir para la sede episcopal de Roma, y, por tanto, para el sumo pontificado de la Iglesia universal.

### En la línea de Juan XXIII

No podemos recordar este suceso sin acordarnos de nuestro Predecesor, de feliz e inmortal memoria, de Nos amadísimo, Juan XXIII. Su nombre evoca en Nos, y ciertamente en cuantos tuvisteis la dicha de verle, aquí en este mismo sitio, su amable y majestuosa figura, cuando abría, el 11 de octubre del pasado año, la primera sesión de este Concilio Ecuménico Vaticano segundo y pronunciaba aquel discurso, que pareció a la Iglesia y al mundo la voz profética para nuestro siglo y que todavía resuena en nuestra memoria y en nuestra conciencia para trazar al Concilio el camino que ha de recorrer y liberar nuestros ánimos de toda duda, de todo cansancio que en este recorrido nada fácil nos pudiera sorprender. ¡Oh, querido y venerado Papa Juan, gracias y alabanzas sean dadas a ti, que por divina inspiración, como creemos, quisiste y convocaste este Concilio a fin de abrir a la Iglesia nuevos derroteros y hacer brotar sobre la tierra nuevas venas de aguas escondidas y fresquísimas de la doctrina y de la gracia de Cristo Señor. Tú solo, sin que te moviese algún estímulo terrenal o alguna particular circunstancia apremiante, sino como adivinando los celestes designios y penetrando en las oscuras y atormentadas necesidades de la Edad Moderna, has unido el hilo interrumpido del Concilio Vaticano primero, y has deshecho, sin dificultad, la desconfianza, sin razón, que en algunos nació de la idea de que ya bastaban los supremos poderes reconocidos como dados por Cristo al Romano Pontífice para gobernar y vivificar la Iglesia; has llamado a tus hermanos sucesores de los Apóstoles, no sólo para que continúen el estudio interrumpido y la legislación pendientes, sino para que sintiéndose unidos con el Papa en un cuerpo unitario, sean confortados por él y por él dirigidos “para que el depósito de la doctrina cristiana se conserve y exponga de un modo más eficaz” (A. A. S., 1962, pág. 790). Pero tú, señalando así el fin más alto del Concilio, le has añadido una finalidad más urgente y actualmente más provechosa, la finalidad pastoral, cuando afirmabas: “Ni nuestra obra mira como fin principal el que se discutan algunos puntos principales de la doctrina de la Iglesia...”, sino más bien “el que se investigue y se exponga de la manera que requieren nuestros tiempos” *ibíd.*, 791-792). Has reavivado en la conciencia del magisterio eclesiástico la persuasión de que la doctrina cristiana no debe ser solamente una verdad capaz de impulsar al estudio teórico sino palabra creadora de vida y de acción, y que no sólo se debe limitar la disciplina de la fe a condenar los errores que la perjudican, sino que se debe extender a proclamar las enseñanzas positivas y vitales que la fecundan. El oficio del magisterio eclesiástico, ni sólo especulativo ni

sólo negativo, debe manifestar con preferencia en este Concilio la virtud vivificante del mensaje de Cristo, que dijo: “Las palabras que yo os he dicho son espíritu y vida” (Jn., 6, 63). Por esto no olvidaremos las normas que tú, primer Padre de este Concilio, le has trazado sabiamente y que gustosamente vamos a repetir ahora:

“... Nuestro deber no es sólo custodiar este tesoro precioso — el de la doctrina católica —, como si únicamente nos ocupásemos de la antigüedad, sino también dedicarnos con voluntad diligente, sin temores, a la labor que exige nuestro tiempo, prosiguiendo el camino que la Iglesia recorre desde hace veinte siglos. Ni nuestra obra mira como fin principal el que se discutan algunos puntos principales de la doctrina de la Iglesia...; hay que buscar aquellas formas de exponerla que más se adapten al magisterio cuyo carácter es prevalentemente pastoral” (A. A. S., 1962, 791-792).

Ni dejaremos a un lado el gran problema de la unificación en un solo redil de cuantos creen en Cristo y ansían ser miembros de su Iglesia, que tú, Juan, has señalado como la casa del padre abierta a todos, de tal forma, que el desarrollo de esta sesión del Concilio promovido e inaugurado por ti, proceda fiel y coherente por los caminos que tú le has trazado y pueda, con la ayuda de Dios, alcanzar las metas que tan ardentemente deseaste y esperaste.

### Nuestro itinerario hacia Dios

Volvemos, pues, hermanos, a emprender el camino. Este sencillo propósito trae a nuestro ánimo otro pensamiento tan importante y tan luminoso que nos obliga a comunicarlo a esta asamblea, aun cuando ya está informada e ilustrada sobre él.

Hermanos, ¿de dónde arranca nuestro viaje? ¿Qué ruta pretende recorrer si ponemos la atención, más que en las indicaciones prácticas hace un momento recordadas, en las normas divinas a las que debe obedecer? ¿Y qué meta, hermanos, deberá fijarse nuestro itinerario, de modo que se asiente, sí, sobre el plano de la historia terrena, en el tiempo y en el modo de esta nuestra vida presente, pero que se oriente también al límite final y supremo que estamos seguros no puede faltar al término de nuestra peregrinación?

Estas tres preguntas sencillísimas y capitales, tienen, como bien sabemos, una sola respuesta, que aquí, en esta hora, debemos darnos a nosotros mismos, y anunciarla al mundo que nos rodea: ¡Cristo! Cristo, nuestro principio; Cristo, nuestra vida y nuestro guía; Cristo, nuestra esperanza y nuestro término.

Que preste este Concilio plena atención a la relación múltiple y única, firme y estimulante, misteriosa y clarísima, que nos apremia y nos hace dichosos, entre nosotros y Jesús bendito, entre esta santa y viva Iglesia, que somos nosotros, y Cristo, del cual venimos, por el cual vivimos y al cual vamos. Que no se cierna sobre esta reunión otra luz si no es Cristo, luz del mundo; que nin-

guna otra verdad atraiga nuestros ánimos fuera de las palabras del Señor, único Maestro; que ninguna otra aspiración nos anime si no es el deseo de serle absolutamente fieles; que ninguna otra esperanza nos sostenga sino aquella que conforta, mediante su palabra, nuestra angustiosa debilidad: “Y he aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos” (Mt., 28, 20).

¡Ojalá fuésemos capaces en esta hora de elevar a nuestro Señor Jesucristo una voz digna de Él! Diremos con la de la sagrada liturgia: “Solamente te conocemos a Ti, Cristo; — a Ti con alma sencilla y pura — llorando y cantando te buscamos; — Mira nuestros sentimientos!” (Himno ad Laudes, feria VI). Y al clamar así, nos parece que se presenta Él mismo a nuestros ojos, extasiados y atónitos, en la majestad propia del Pantocrator de vuestras basílicas, hermanos de las Iglesias orientales, y también de las occidentales: Nos nos vemos representados en el humildísimo adorador, nuestro Predecesor Honorio III, que aparece en el espléndido mosaico del ábside de la basílica de San Pablo, extramuros, pequeño y casi aniquilado, besando en tierra el pie de Cristo, de enormes dimensiones, el cual, en actitud de maestro soberano domina y bendice a la asamblea reunida en la misma basílica, es decir, a la Iglesia. Nos parece que la escena se repite aquí, pero no ya en una imagen diseñada o pintada, sino más bien en una realidad histórica y humana, que reconoce en Cristo la fuente de la humanidad redimida, de su Iglesia, y en la Iglesia como su efluvio y continuación terrena, y al mismo tiempo misteriosa. De tal manera, que parece representarse a nuestro espíritu la visión apocalíptica del Apóstol: “Y me mostró el río de agua viva, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero” (Apoc., 22, 1).

Es conveniente, a nuestro juicio, que este Concilio arranque de esta visión, más aún, de esta mística celebración, que confiesa que Él, nuestro Señor Jesucristo, es el Verbo Encarnado, el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, el Mesías del mundo, esto es, la esperanza de la humanidad y su único supremo Maestro. Él el Pastor, Él el Pan de la vida, Él nuestro Pontífice y nuestra Víctima. Él el único Mediador entre Dios y los hombres, Él el Salvador de la tierra, Él el que ha de venir Rey del siglo eterno; visión que declara que nosotros somos sus llamados, sus discípulos, sus apóstoles, sus testigos, sus ministros, sus representantes, y junto con los demás fieles, sus miembros vivos, entrelazados en el inmenso y único Cuerpo místico, que Él, mediante la fe y los sacramentos, se va formando en el sucederse de las generaciones humanas, su Iglesia, espiritual y visible, fraterna y jerárquica, temporal hoy y mañana eterna.

Si nosotros, venerables hermanos, colocamos delante de nuestro espíritu esta soberana concepción que Cristo es nuestro Fundador, nuestra Cabeza, invisible pero real, y que nosotros lo recibimos todo de Él; que formamos con Él el “Cristo total” del que habla San Agustín y del que está penetrada toda la teología de la Iglesia, podremos comprender mejor los fines principales de este Con-

cilio, que, por razones de brevedad y de mejor inteligencia, reduciremos a cuatro puntos: el conocimiento, o si se prefiere de otro modo, la conciencia de la Iglesia, su renovación, la reconstrucción de la unidad de todos los cristianos y el coloquio de la Iglesia con el mundo contemporáneo.

Está fuera de duda que es deseo, necesidad y deber de la Iglesia, que se dé finalmente una más meditada definición de sí misma. Todos nosotros recordamos las magníficas imágenes con que la Sagrada Escritura nos hace pensar en la naturaleza de la Iglesia, llamada frecuentemente el edificio construido por Cristo, la casa de Dios, el templo y tabernáculo de Dios, su pueblo, su rebaño, su viña, su campo, su ciudad, la columna de la verdad, y, por fin, la Esposa de Cristo, su Cuerpo místico. La misma riqueza de estas imágenes luminosas ha hecho desembocar la meditación de la Iglesia en un reconocimiento de sí misma como sociedad histórica, visible y jerárquicamente organizada, pero vivificada misteriosamente. La célebre encíclica del Papa Pío XII, “*Mystici Corporis*”, ha respondido por una parte al anhelo que la Iglesia tenía de manifestarse por fin a sí misma con una doctrina completa, y ha estimulado, por otra, el deseo de dar de sí misma una definición más exhaustiva. Ya el Concilio Vaticano primero había señalado este tema y muchas causas externas concurrían a presentarlo al estudio religioso dentro y fuera de la Iglesia católica: el aumento de la sociabilidad de la civilización temporal, el desarrollo de las comunicaciones entre los hombres, la necesidad de enjuiciar las diversas denominaciones cristianas según la verdadera y unívoca concepción contenida en la revelación divina, etcétera.

### **Concepto verdadero, profundo y completo de la Iglesia**

No hay por qué extrañarse si después de veinte siglos de cristianismo y del gran desarrollo histórico y geográfico de la Iglesia católica y de las confesiones religiosas que llevan el nombre de Cristo y se honran con el de Iglesias, el concepto verdadero, profundo y completo de la Iglesia, como Cristo la fundó y los Apóstoles la comenzaron a construir, tiene todavía necesidad de ser enunciado con más exactitud. La Iglesia es misterio, es decir, realidad penetrada por la divina presencia y por esto siempre capaz de nuevas y más profundas investigaciones.

El entendimiento humano progresa. De una verdad conocida experimentalmente pasa a un conocimiento científico más racional, de una verdad cierta deduce lógicamente otra, y ante una realidad permanente y complicada se detiene a considerar ya un aspecto ya otro, dando lugar así al desarrollo de su actividad, que la Historia registra. Nos parece que ha llegado la hora en la que la verdad acerca de la Iglesia de Cristo debe ser estudiada, organizada y formulada, no, quizá, con los solemnes enunciados que se llaman definiciones dog-



máticas, sino con declaraciones que dicen a la misma Iglesia con el magisterio más vario, pero no por eso menos explícito y autorizado, lo que ella piensa de sí misma. Es la conciencia de la Iglesia la que se aclara con la adhesión fidelísima a las palabras y al pensamiento de Cristo, con el recuerdo sagrado de la enseñanza autorizada de la tradición eclesiástica y con la docilidad a la iluminación interior del Espíritu Santo, que parece precisamente querer hoy de la Iglesia que haga todo lo posible para ser reconocida verdaderamente tal cual es.

Y creemos que en este Concilio Ecuménico el Espíritu de verdad encenderá en el cuerpo docente de la Iglesia una luz más radiante e inspirará una doctrina más completa sobre la naturaleza de la Iglesia de modo tal que la Esposa de Cristo en Él se refleje y en Él, con ardentísimo amor, quiera descubrir su propia imagen, aquella belleza que Él quiere resplandezca en ella.

Será, pues, para esto, tema principal de esta sesión del presente Concilio el que se refiere a la Iglesia misma y pretende estudiar su íntima esencia para darnos, en cuanto es posible al humano lenguaje, la definición que mejor nos instruya sobre la real y fundamental constitución de la Iglesia y nos muestre su múltiples y salvadora misión. La doctrina teológica puede obtener de aquí magníficos progresos que merecen atenta consideración por parte también de los hermanos separados, ya que como Nos ardientemente deseamos, les abre más fácilmente el camino hacia un consentimiento unitario.

### **El Episcopado en sus funciones y relaciones con Pedro**

Entre los varios problemas que presentará esta meditación a la que el Concilio se dispone será el primero el que se refiere a todos vosotros, venerables hermanos, como obispos de la Iglesia de Dios. Nos no vacilamos en deciros que aguardamos con viva expectación y sincera confianza este próximo estudio, que dejando a salvo las declaraciones dogmáticas del Concilio Vaticano primero sobre el Pontificado romano, deberá ahora profundizar la doctrina sobre el Episcopado, sobre sus funciones y sobre sus relaciones con Pedro, y nos ofrecerá ciertamente a Nos mismo los criterios doctrinales y prácticos por los que nuestro apostólico oficio, aunque dotado por Cristo de la plenitud y la suficiencia de potestad que vosotros conocéis, pueda ser mejor asistido y ayudado según las formas que se determinen con una más eficaz y responsable colaboración de nuestros amados y venerables hermanos en el Episcopado.

A tal declaración doctrinal deberá luego seguir la que se refiere a la variada composición del cuerpo visible y místico que es la Iglesia, militante y peregrina en el mundo, es decir, los sacerdotes, los religiosos y los fieles sin olvidar a los hermanos separados de nosotros llamados también ellos a la unión de manera plena y completa.

Nadie dejará de ver la importancia de semejante

tarea doctrinal del Concilio, de donde la Iglesia puede sacar una luminosa, elevada y santificadora conciencia de sí misma. Quiera Dios que sean oídas nuestras esperanzas.

Esperanzas que también se vuelven hacia otro objetivo principalísimo de este Concilio, el de la así llamada renovación de la Santa Iglesia.

Debería ser, a nuestro juicio, también este fin derivado de nuestro conocimiento de la relación que une a Cristo con su Iglesia. Decíamos que deseábamos que la Iglesia se reflejase en Él. Si alguna sombra o defecto al compararla con Él apareciese en el rostro de la Iglesia o sobre su veste nupcial, ¿qué debería hacer ella como por instinto, con todo valor? Está claro: renovarse corregirse y esforzarse por devolver a sí misma la conformidad con su divino modelo que constituye su deber fundamental.

Recordemos las palabras del Señor en su oración sacerdotal al aproximarse su inminente pasión: "Yo me santifico a Mí mismo para que ellos sean santificados en la verdad" (Jn., 17, 19). El Concilio Ecuménico Vaticano segundo debe colocarse, a nuestro parecer, en este orden esencial querido por Cristo. Solamente después de esta obra de santificación interior la Iglesia podrá mostrar su rostro al mundo entero diciendo: el que me ve a mí, ve a Cristo, como Cristo había dicho de sí: "el que me ve a Mí, ve al Padre" (Jn., 14, 9).

### **Crecimiento de la Iglesia en perfección y santidad en la imitación a Cristo**

Bajo este aspecto el Concilio quiere ser un despertar primaveral de inmensas energías espirituales y morales latentes en el seno de la Iglesia. Es propósito del Concilio que vuelvan a su vigor primitivo tanto las obras interiores como las normas canónicas y formas rituales. Es decir, el Concilio pretende dar o acrecentar a la Iglesia la hermosura de perfección y santidad que sólo la imitación de Cristo y la mística unión con Él, en el Espíritu Santo, le pueden conferir.

Sí, el Concilio tiende a una renovación. Pero, atención: no es que al hablar así y expresar estos deseos reconozcamos que la Iglesia católica de hoy pueda ser acusada de infidelidad sustancial al pensamiento de su divino Fundador, sino que más bien el reconocimiento profundo de su fidelidad sustancial la llena de gratitud y humildad y le infunde el valor de corregirse de las imperfecciones que son propias de la humana debilidad. No es, pues, la renovación que pretende el Concilio, un cambio radical de la vida presente de la Iglesia, o bien una ruptura con la tradición en lo que ésta tiene de esencial y digno de veneración, sino que más bien en esa renovación rinde homenaje a esta tradición al querer despojarla de toda caduca y defectuosa manifestación para hacerla genuina y fecunda.

¿No dijo Jesús a sus discípulos: "Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento

que en *Mí* no lleva fruto, lo arranca, y a todo el que lleva fruto lo poda para que lleve fruto más abundante"? (Jn., 15, 1-2). Basta esta alusión evangélica para presentarnos los capítulos principales del perfeccionamiento al que hoy aspira la Iglesia: el primero se refiere a su vitalidad interior y exterior. A Cristo vivo debe responder una Iglesia viva. Si la fe y la caridad son los principios de su vida es evidente que no se deberá descuidar nada para dar a la fe una gozosa seguridad y un nuevo alimento y para hacer eficaz la iniciación y la pedagogía cristiana indispensable a un tal fin: un estudio más asiduo y un culto más devoto de la palabra de Dios serán ciertamente el fundamento de esta primera renovación. Y la formación de la caridad tendrá en adelante el puesto de honor: deberíamos ansiar la *Iglesia de la caridad* si queremos que esté en disposición de renovarse profundamente y de renovar el mundo a su alrededor: ¡inmensa tarea! También, como es sabido, porque la caridad es la reina y la raíz de las demás virtudes cristianas: la humildad, la pobreza, la religiosidad, el espíritu de sacrificio, el valor de la verdad y el amor de la justicia, y toda cualquier fuerza activa en el hombre.

El programa del Concilio se dilata aquí en campos inmensos: uno de éstos, selectísimos y rebosante de caridad, es la sagrada liturgia, a la que la primera sesión dedicó largas discusiones y a la que esperamos que esta segunda reserve acertadísimas conclusiones. Otros campos atraerán, asimismo, la interesada atención de los padres conciliares, aunque tememos que la brevedad del tiempo de que disponemos no nos permita estudiarlos todos como convendría y que, por tanto, nos ofrezcan trabajo para una futura sesión.

### «A los otros cristianos»

Existe un tercer fin que toca a este Concilio y que constituye en cierto sentido su drama espiritual: y es el que nos propuso también el Papa Juan XXIII y se refiere "a los otros cristianos", es decir, a los que creen en Cristo, pero a los que no tenemos la dicha de contar unidos con nosotros en perfecta unidad con Cristo. Unidad que sólo la Iglesia católica les puede ofrecer, siendo así que de por sí les sería debida por el Bautismo y ellos la desean ya virtualmente. Porque los recientes movimientos que aun ahora están en pleno desarrollo en el seno de las comunidades cristianas separadas de nosotros, nos demuestran con evidencia dos cosas: que la iglesia de Cristo es una sola y por eso debe ser única, y que esta misteriosa y visible unión no se puede alcanzar sino en la identidad de la fe, en la participación de unos mismos sacramentos y en la armonía orgánica de una única dirección eclesiástica, aun cuando esto puede darse junto con el respeto a una amplia variedad de expresiones lingüísticas de formas rituales, de tradiciones históricas, de prerrogativas locales, de corrientes espirituales, de instituciones legítimas y actividades preferidas.

¿Cuál es la postura del Concilio frente a estos inmensos bloques de hermanos separados y ante el posible pluralismo en el desarrollo de la unidad? Es clara. La convocación de este Concilio es característica también bajo este aspecto. Tiende a una ecumenicidad que quisiera ser total, universal, por lo menos en el deseo, en la invocación, en la preparación. Hoy en esperanza, para que mañana lo sea en realidad. Es decir, que este Concilio al mismo tiempo que llama, cuenta y guarda en el redil de Cristo las ovejas que lo forman y que le pertenecen con pleno y justo derecho, abre también la puerta y levanta la voz, espera ansioso tantas otras ovejas de Cristo, que no están todavía en el único redil. Es, por tanto, un Concilio de invitación, de esperanza, de confianza en una más fraternal participación en su auténtica ecumenicidad.

Aquí nuestras palabras se dirigen con respeto a los representantes de las denominaciones cristianas separadas de la Iglesia católica, pero que han sido por ella invitados a asistir en calidad de observadores a esta solemne asamblea.

Nos los saludamos de corazón.

Nos les agradecemos su intervención.

Nos enviamos valiéndonos de su presencia nuestro mensaje de paternidad y fraternidad a las venerables comunidades cristianas que están representando aquí.

Nuestra voz tiembla, nuestro corazón late porque tanto mayor es para nosotros inefable consolación y dulcísima esperanza su proximidad de hoy, cuanto su persistente separación nos llena de profundo dolor.

Si alguna culpa se nos puede imputar por esta separación, nosotros pedimos perdón a Dios humildemente y rogamos también a los hermanos que se sientan ofendidos por nosotros, que nos excusen. Por nuestra parte estamos dispuestos a perdonar las ofensas de las que la Iglesia católica ha sido objeto y a olvidar el dolor que le ha producido la larga serie de disensiones y separaciones.

Que el Padre celeste acoja esta nuestra declaración y haga que todos gocemos de nuevo una paz verdaderamente fraternal.

Quedan, como sabemos, graves y complejas cuestiones objetivas por estudiar, tratar y resolver. Quisiéramos que esto aconteciese en seguida porque la caridad de Cristo "nos apremia"; pero estamos persuadidos de que semejantes problemas exigen muchas condiciones para que sean allanados y resueltos; condiciones que hoy todavía no están maduras, y no tememos esperar pacientemente la hora dichosa de la perfecta reconciliación.

Entretanto, sin embargo, queremos confirmar a los observadores presentes, para que lo refieran a sus respectivas comunidades cristianas y para que llegue también nuestra voz a las otras venerables comunidades cristianas, separadas de nosotros y que no han acogido nuestra invitación a asistir, aun sin ningún compromiso recíproco a este Concilio, algunos criterios en los que se inspira nuestra actitud en orden a la reconstrucción de la unidad eclesiástica con los hermanos separados. Ya

conocen, como creemos, tales criterios, pero el proponerlos aquí puede ser provechoso.

Nuestro lenguaje con ellos quiere ser pacífico y absolutamente leal y sincero. No esconde asechanzas ni intereses temporales. Nosotros debemos a nuestra fe, que creemos divina, la más pura y firme adhesión; pero estamos convencidos que ella no es obstáculo a la deseada unión con los hermanos separados, precisamente porque es la verdad del Señor y, por eso, principio de unión y no de diferencia y separación. De todos modos no queremos hacer de nuestra fe motivo de polémica con ellos.

En segundo lugar miramos con reverencia su patrimonio religioso originalmente común, conservado y aun en parte bien desarrollado en nuestros hermanos separados. Vemos con complacencia el empeño de los que tratan honradamente de poner en evidencia y de honrar los auténticos tesoros de verdad y de vida espiritual, poseídos por los mismos hermanos separados, a fin de mejorar nuestras relaciones con ellos. Esperamos que también ellos, con igual deseo, querrán estudiar nuestra doctrina y su lógica derivación del depósito de la revelación y conocer mejor nuestra historia y nuestra vida religiosa.

Declaramos, finalmente, a este respecto que, conscientes de las enormes dificultades que se oponen hasta ahora a la deseada unificación ponemos humildemente nuestra confianza en Dios. Seguiremos orando, trataremos de testimoniar mejor nuestro esfuerzo por una vida genuinamente cristiana y una caridad fraternal. Y recordaremos, cuando la realidad histórica tratase de desilusionar nuestra esperanza, las palabras alentadoras de Cristo: *"Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios"* (Lc., 18, 27).

### **La Iglesia fermento vivificante y medio de salvación para el mundo moderno**

Por último, trataré el Concilio de tender un puente hacia el mundo contemporáneo. Singular fenómeno: mientras la Iglesia, buscando cómo animar su vitalidad interior del Espíritu del Señor, se diferencia y se separa de la sociedad profana en la que vive sumergida, al mismo tiempo se define como fermento vivificador e instrumento de salvación de ese mismo mundo descubriendo y reafirmando su vocación misionera, que es como decir su destino esencial a hacer de la humanidad, en cualesquiera condiciones en que ésta se encuentre, el objeto de su apasionada misión evangelizadora.

Vosotros mismos, venerables hermanos, habéis experimentado este prodigio. Vosotros, en efecto, al iniciar los trabajos de la primera sesión, y como inflamados por las palabras inaugurales del Papa Juan XXIII, sentisteis inmediatamente la necesidad de abrir, por así decirlo, las puertas de esta asamblea y gritar en seguida al mundo desde los umbrales abiertos de par en par, un mensaje de saludo, de hermandad y de esperanza. ¡Original, pero admirable gesto! Se diría que el carisma profético de la Santa Iglesia se despertó en un momento, y

como Pedro el día de Pentecostés, sintió en seguida el impulso de levantar su voz y hablar al pueblo, así vosotros quisisteis en seguida tratar no ya de vuestras cosas, sino de las del mundo, no ya entablar el diálogo entre vosotros mismos, sino entablarlo con el mundo.

Esto significa, venerables hermanos, que el presente Concilio está caracterizado por el amor, por el amor más amplio y urgente, por el amor que se preocupa de los otros antes que de sí mismo, ¡por el amor universal de Cristo!

Es este amor el que levanta nuestro ánimo. Porque al tender nuestra mirada sobre la vida humana contemporánea deberíamos estar espantados más bien que alentados, afligidos más bien que regocijados, dispuestos a la defensa contra los peligros y a la condena de los errores más que a la confianza y a la amistad.

### **Dolor por los hermanos perseguidos**

Debemos ser realistas, no ocultando la herida que no pocas regiones causan a este mismo Sínodo universal. ¿Podemos estar ciegos y no advertir que muchos puestos de esta asamblea están vacíos? ¿Dónde están nuestros hermanos de naciones en las que la Iglesia es combatida y en qué condiciones se encuentra la religión en estos territorios? Ante este recuerdo se aflige nuestro ánimo por las cosas que conocemos y todavía más por todo lo que no nos es dado saber, sea referente a la sagrada jerarquía, a los religiosos y religiosas, como a tantos hijos nuestros sometidos a temores, vejaciones, privaciones y opresiones por causa de su fidelidad a Cristo y a su Iglesia. ¡Cuánta tristeza por estos dolores y cuánta amargura al ver que en ciertos países la libertad religiosa, así como otros derechos fundamentales del hombre, son conculcados por principios y métodos de intolerancia política, racial o antirreligiosa! Duele el corazón al tener que ver cómo en el mundo existen todavía tantas injusticias contra la honrada y libre profesión de la propia fe religiosa. Pero más que con amargas palabras queremos todavía expresar nuestro dolor con una franca y humana exhortación a cuantos fuesen responsables de estas cosas, para que noblemente depongan su injustificada hostilidad hacia la religión católica, cuyos miembros deben ser considerados no como enemigos o como ciudadanos desleales, sino más bien como miembros honrados y laboriosos de la sociedad civil a la que pertenecen. Y enviamos, además, en esta ocasión, a los católicos que sufren por causa de su fe, nuestro afectuoso saludo e invocamos para ellos el consuelo del Señor.

### **Progreso técnico y vacío de Dios**

No termina aquí nuestra amargura. La mirada sobre el mundo nos llena de inmensa tristeza al contemplar tantas calamidades: el ateísmo invade parte de la humanidad y arrastra consigo el desequilibrio del orden intelectual, moral y social del que el mundo pierde la verdadera noción. Mientras aumenta la luz de la ciencia de

las cosas, se extiende la oscuridad sobre la ciencia de Dios y, consiguientemente, sobre la verdadera ciencia del hombre. Mientras el progreso perfecciona maravillosamente los instrumentos de toda clase de que el hombre dispone, su corazón va cayendo hacia el vacío, la tristeza y la desesperación.

Tendríamos muchas cosas que decir sobre estas difíciles y por tantos motivos tristes condiciones del hombre moderno. Pero no es ahora el momento. Ahora, decíamos, el amor llena nuestro corazón y el de la Iglesia reunida en Concilio. Miramos a nuestro tiempo y a sus variadas y opuestas manifestaciones con inmensa simpatía y con un inmenso deseo de presentar a los hombres de hoy el mensaje de amistad, de salvación y de esperanza que Cristo ha traído el mundo. "Porque no ha enviado Dios al mundo a su Hijo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por Él" (Jn., 3, 17).

Que lo sepa el mundo: la Iglesia lo mira con profunda comprensión, con sincera admiración y con sincero propósito no de conquistarlo, sino de servirlo; no de despreciarlo, sino de valorizarlo; no de condenarlo, sino de confortarlo y de salvarlo.

#### **La Iglesia mira hacia los que sufren, hacia la humanidad entera**

La Iglesia asomada a la ventana del Concilio, abierta sobre el mundo, mira con particular interés a determinadas categorías de personas. Mira a los pobres, a los necesitados, a los afligidos, a los hambrientos, a los enfermos, a los encarcelados, es decir, mira a toda la humanidad que sufre y que llora; ésta le pertenece por derecho evangélico y Nos nos complacemos en repetir a cuantos la forman "Venid a Mí todos" (Mt., 11, 28).

Mira a los hombres de la cultura, a los estudiosos, a los científicos, a los artistas y también de éstos tiene la Iglesia una grandísima estima y un grandísimo deseo de recibir sus experiencias, de fomentar su pensamiento, de defender su libertad y de ensanchar gozosamente la dilatación de su espíritu atormentado en las esferas luminosas de la Palabra y la Gracia divina.

Mira a los trabajadores, a la dignidad de sus personas y de sus fatigas, a la legitimidad de sus esperanzas, a la necesidad de mejora social y de elevación interior que tanto los aflige todavía, a la misión que se les puede reconocer, si es buena, si es cristiana, de crear un mundo nuevo de hombres libres y hermanos. ¡La Iglesia, Madre y Maestra está junto a ellos!

Mira a los jefes de los pueblos, y las palabras graves y amonestadoras que con frecuencia Ella se ve obligada a dirigirles las sustituye hoy con una palabra de aliento y de confianza: ¡Ánimo, gobernantes de las naciones, vosotros podéis dar a vuestros pueblos muchos de los bienes que la vida necesita: el pan, la instrucción, el trabajo, el orden, la dignidad de ciudadanos libres y concordes, con sólo que conozcáis verdaderamente qué es el hombre, y sólo la sabiduría cristiana os lo puede decir con plenitud de luz; vosotros podéis, trabajando a

una en la justicia y el amor, crear la paz, bien supremo tan deseado, y tan defendido y promovido por la Iglesia, y hacer de la humanidad una sola ciudad. ¡Dios sea con vosotros!

#### **Mirando a las otras religiones**

Pero la Iglesia católica mira más allá, por encima de los confines del horizonte cristiano: ¿cómo podría Ella poner límites a su amor si debe hacer suyo el de Dios Padre que hace descender la lluvia de sus gracias sobre todos (Mt., 5, 48) y ha amado al mundo de tal manera que le ha dado a su Hijo Unigénito (Jn., 3, 16)? Ella mira, por tanto, más allá de su propia esfera y ve las otras religiones que conservan el sentido y el concepto de Dios, único, creador, providente, sumo y trascendente, que tributan a Dios un culto con actos de sincera piedad y que fundan sobre estas creencias y prácticas los principios de la vida moral y social. La Iglesia católica descubre, naturalmente, y con dolor, lagunas, insuficiencias y errores en muchas de estas expresiones religiosas; pero no puede dejar de volver hacia ellas su pensamiento, para recordarles que por todo lo que en ellas hay de verdadero, de bueno y de humano, la religión católica tiene el aprecio que merecen, y que para conservar en la sociedad moderna el sentido religioso y el culto de Dios — deber y necesidad de la verdadera civilización — Ella está en primera línea como el más válido sostén de los derechos de Dios sobre la humanidad.

La mirada de la Iglesia se extiende todavía sobre otros inmensos campos humanos: los de las nuevas generaciones de juventud que suben con el deseo de vivir y afirmarse, los de los pueblos nuevos que están adquiriendo conciencia de sí, independencia y organización civil, y los de las innumerables criaturas humanas que se sienten solas, en medio del torbellino de una sociedad que no es capaz de darles una palabra verdadera para su espíritu, y a todos, a todos, lanza su grito de saludo y de esperanza, a todos desea y ofrece la luz de la verdad, de la vida y de la salvación, porque Dios "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (Tim., 2, 4).

Venerables hermanos:

Nuestra misión de ministros de la salvación es grande y grave. Para mejor llevarla a cabo estamos ahora reunidos en esta solemne asamblea. La comunión de nuestros ánimos, profunda y fraternal, nos sirva de guía y nos dé vigor. La comunión con la Iglesia celeste nos sea propicia: asístannos los santos de nuestras diócesis y de nuestras familias religiosas, asístannos los ángeles y santos todos, especialmente los santos Pedro y Pablo y San Juan Bautista, y en particular San José, declarado Patrono de este Concilio. Maternal y potente nos sea la asistencia de María Santísima a quien de corazón invocamos; presida Cristo, y todo sea a la gloria de Dios, de la Santísima Trinidad, cuya bendición nos atrevemos a daros a todos vosotros, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

# EL CULTO AL SAGRADO CORAZON DEL SIGLO XII AL XVII

(Glosa a la "Haurietis aquas")

De la Divina Sabiduría se dice en la Sagrada Escritura que *"abarca vigorosamente, de extremo a extremo, todas las cosas; y lo dispone y gobierna todo suavemente"* (Sap., 8, 1).

La verdad de esta profunda sentencia se ve y se palpa en el progreso del Culto al Corazón de Jesús. Todo esta cadena de oro, que une la tierra con el cielo, la cogió, como quien dice, la Divina Sabiduría en sus manos; la asió fuertemente de un extremo a otro; y todos los eslabones y el engarce y conexión de todos ellos lo dispuso con admirable suavidad.

Inspira primeramente el Espíritu Santo a los seguidores de Cristo, ya desde los Apóstoles, un conocimiento íntimo del amor del Divino Redentor, y de que ese amor fue la causa y motivo de que, al amarnos tan inmensamente con su Amor divino y humano, se entregó por nosotros; murió y con muerte de Cruz, para que nosotros tuviésemos vida, la verdadera, la de la Gracia en la tierra, y la de la Gloria en el cielo. Así, San Pablo: *"me amó, y se entregó a Sí mismo por mí"* (Gal. 2, 20). Pero ese gran Amor de Cristo, ¿dónde se muestra más clara y convincentemente que en las llagas de sus pies, manos y costado? De ahí que a esas llagas se dirigiera muy pronto

la piedad de los cristianos, en culto de adoración y en devoción de agradecimiento y de correspondencia de amor. Y entre esas llagas, sangrantes en la Cruz, resplandecientes al ser gloriosas, ¿no es la principal y más expresiva del amor de Cristo la de su Costado? A ella, pues, se elevó preferentemente la piedad cristiana, adoc-trinada por las enseñanzas de los Santos Padres. Mas esa sacratísima llaga del Costado ¿no era una abertura, una hendidura, una puerta, que estaba llamando a lo interior, a entrar por ella en lo que dentro se escondía? Y dentro, ¿qué había sino el Corazón del Redentor, Corazón llagado con doble llaga, la que le hicieron nuestros pecados, y la que le hizo su Amor a nosotros, aún pecadores? De esta manera, progresivamente y con maravillosa suavidad, al mismo tiempo que con pasos firmes y vigorosos, disponía el Señor que la piedad de los cristianos llegase a lo interior del Costado abierto, a lo que ya algunos Padres llamaron con el mismo propio nombre de Corazón.

Esto es lo que la Encíclica nos ha hecho ver en las dos primeras etapas del proceso histórico de este Culto. Nos quedan la tercera y la cuarta.

## EN LA EDAD MEDIA

Lo que los Apóstoles y los Santos Padres habían plantado y regado, quiso el Señor que tuviese ya un crecimiento más notable, cuando la piedad de los fieles, dirigida por insignes Maestros, se acercaba con progresiva y ardiente devoción a la Sagrada Humanidad del Redentor. Fue en los siglos XII al XVII. A lo largo de ellos, se establece ya de un modo concreto y claro, y se va afianzando con firmísimo paso el Culto directo y expreso al Corazón del Amantísimo Redentor.

Señala Pío XII, con certera visión, que fueron los Institutos Religiosos los portaestandartes de este Culto y de devoción. Dentro de ellos primeramente, y muy pronto por medio de sus más agregios y santos representantes, se fue difundiendo cada vez más, en forma privada y gradual, que con el tiempo fue trascendiendo a la vida cristiana. Evoca el Papa algunos de estos nombres gloriosos; y los cita no porque sean los únicos, sino porque

*"se distinguieron por haber establecido y promovido cada vez más este Culto al Corazón Sacratísimo de Jesús"*.

Recorrámoslos también, añadiendo a los que nombra el Papa unos cuantos más, como lo hace el P. Albarracín en su Comentario a la Encíclica. Más ampliamente lo hace Josef Stierli, en la obra "Cor Salvatoris", a lo largo de su excelente artículo. "El Culto al Corazón de Jesús desde fines de la época patristica hasta Santa Margarita María Alacoque".

Abra el glorioso desfile el que fue gloria de la Orden Benedictina, San Anselmo de Aosta, Abad de su Monasterio Beccense, después Arzobispo de Cantorbery y Doctor de la Iglesia: *"La abertura del Costado de Cristo nos revela la riqueza de su amor y de su Corazón hacia nosotros"*; y es esta mirada penetrante del misterio de Cristo la que le lleva hasta el secreto de su Corazón. Pero también desde el punto de vista del misterio de la

Pasión, se le abre el camino al centro de Cristo, a través de su Costado abierto, de lo que se origina el ruego de que su propio corazón sea traspasado por la palabra de Dios.

Rama vigorosa de la Orden de San Benito fue la Orden Cisterciense; y su más ilustre hijo, San Bernardo de Claraval, que llenó con su santidad, su elocuencia, sus escritos y su portentosa actividad, todo el siglo XII. Su mística de Cristo le lleva igualmente al misterio de su Corazón, especialmente a través del santo Nacimiento y de la sagrada Pasión: *“Queda patente el arcano del Corazón por los agujeros o hendiduras del Cuerpo; está patente aquel gran misterio de la piedad; patentes las entrañas de la misericordia”*. El gran Doctor enfermó de gravedad mientras escribía su inmortal comentario al Cantar de los Cantares; y dictó, al no poder terminarlo, sus más íntimos y queridos pensamientos a su amigo Guillermo de San Thierry, el cual los recogió respetuosa y amorosamente; y entre ellos lo que en aquella hora suprema llenaba por completo el gran corazón del Santo Abad de Claraval, su cálido deseo de conocer totalmente a Cristo, y por tanto, de penetrar hasta su mismo Corazón: *“usque ad ipsum Cor Iesu”*.

Ambos Santos Doctores influyeron poderosamente en sus contemporáneos y en los tiempos inmediatos subsiguientes, sobre todo en los autores llamados los Victorinos, entre los cuales Ricardo de San Víctor confiesa: *“nada es mejor y más benévolo que el Corazón de Jesús”*; y refiriéndose a la Profecía de Ezequiel (c. 36), donde Dios nos promete un corazón de carne y sangre, en lugar del nuestro de piedra, dice: *“nuestro Emmanuel tiene, más que todos los demás, un Corazón de carne”*. Y así, por el estilo, otros muchos de aquella época.

También la Orden Premonstratense avanza fervorosa entre los “portaestandartes”; y nos da el cántico al Corazón de Jesús, *“Summi Regis Cor aveto”*, obra, según parece, del Beato Hermann Joseph. El precioso himno funde en íntima unión la imagen litúrgica del Cristo *“Rex gloriae”* en la Cruz, con la imagen del Hombre de dolores, que sangra por la lanza, y que está abrumado por el dolor y por el amor, lo cual le enciende en deseo de ser comprendido y correspondido. En el mismo himno encontramos la identificación entre la imagen del Corazón orgánico, atravesado, y el concepto del Corazón espiritual, herido por el amor y el dolor; y nos presenta finalmente la doble realidad de dicho Corazón: el que sangra por las heridas, y el gloriosamente transfigurado, en cuyo Santuario desean entrar los escogidos.

La Escuela Franciscana ¿cómo podía no estar, y en sitio privilegiado, en la Escuela del Corazón de Cristo? Entraron de lleno en ella, y con perfecto derecho, los hijos de aquel Serafín de Asís, que pasó su vida clamando por doquier: *“el Amor no es amado”*. Precedió a todos sus hijos el mismo Santo Patriarca, el cual, desde que recibió por la cruz de San Damián la misión de restaurar la Casa de Dios, desde aquella hora, como nos relata la *“Legenda Sancti Francisci”*, quedó su corazón herido y hecho una fuente de lágrimas ante la memoria de la

Pasión del Señor. Ni fue sólo el sufrimiento exterior lo que penetró tan profundamente su corazón, sino más aún la Pasión misma del Corazón de Cristo; por ello San Francisco dirigía a sus hijos al Corazón doliente de Jesús, y de modo constante y reiterado.

Entre sus hijos lleva la palma del Culto al Corazón Divino, San Buenaventura, General de su Sagrada Orden, Cardenal después de la Santa Iglesia Romana y Obispo de Albano, Doctor de la Iglesia, apellidado justamente Doctor Seráfico, por el ardor de ferviente caridad y por el encendimiento de íntima devoción que respiran sus escritos. En su *“Libro de la peregrinación del corazón hacia Dios”*, nos muestra cómo el único camino hacia el Padre es el ardentísimo amor a Cristo Crucificado, que llega a su perfección en verdadera comunidad de corazones. Su libro *“Lignum vitae”* nos habla expresamente del misterio del Corazón del Señor; y también en sus Cartas nos hace ver el ardoroso amor de su propio corazón, unido al de Jesús. En el pequeño e íntimo librito acerca del Corazón de Jesús, *“La Vid mística”*, que se le ha atribuido a San Buenaventura, leemos: *“El Corazón del Señor fue atravesado con la lanza para que en la llaga visible reconociésemos el amor invisible; la herida del Corazón muestra la herida del alma de Jesús”*. Y tras el Seráfico Doctor, toda una pléyade de fervorosos hijos, como él, de S. Francisco de Asís.

De igual manera, y con profunda cimentación teológica, los ilustres hijos de Santo Domingo de Guzmán. De ellos recibió el impulso más vigoroso y más docto la devoción al Corazón de Jesús en la alta Edad Media. En su misión de predicadores, escritores y directores de almas, extendieron esta devoción, propia de su gloriosa Orden Dominicana, a amplios círculos que estaban bajo su gran influjo apostólico. Su devoción al Corazón de Jesús está cimentada sobre la más íntima y sólida Mística de la Pasión del Salvador; en la meditación y contemplación de sus sufrimientos y de su muerte, el alma, a través de los cinco símbolos de amor de las Llagas, es conducida al Corazón, tan dolorido y maltratado, del Señor. Y a la Mística de la Pasión va unida la íntima veneración a la Sagrada Eucaristía. De estas fuentes forman los Dominicos, en sus sermones y escritos, una ascética completa, y con una elevada mística, cuyo centro es el misterio del Corazón de Jesús.

Citemos entre otros muchos autores dominicos, uno solo, pero que vale por innumerables, San Alberto Magno, también Doctor de la Iglesia. *“El agua que fluyó de su Costado, y que su Corazón derramó, con su sangre, son testimonios de su infinito amor”*; *“Al octavo día de su Resurrección, se aparece a sus Discípulos, que están reunidos, y les enseña su Costado, en el que están contenidas todas las riquezas de sabiduría y ciencia divinas, y su Corazón herido de amor por nosotros ya antes de haber sido traspasado por la lanza”*; *“Sufrió la llaga en su Costado para que no nos cansásemos de meditar sobre su Corazón”*. Y a este tenor, otros muchísimos pasajes de sus doctos escritos.

La Cartuja abre su silencio para hablar del Corazón

de Jesucristo; y por boca de muchos e insignes hijos de San Bruno. Baste, por vía de ejemplo. Ludolfo de Sajonia: *“El Corazón de Cristo (dice en su Vida de Jesús) ha sido herido por la llaga de su amor hacia nosotros, para que nosotros volvamos de nuevo al amor entrando en su Corazón a través de la abertura de su Costado, en donde ambos amores, el suyo divino y el nuestro, se fundirán en uno, así como el hierro, al rojo vivo, se identifica con el fuego. Por lo cual el hombre debe ajustar toda su voluntad a la divina, por aquella herida que Jesucristo recibió por cada uno de nosotros en la Cruz, y que, como saeta de amor insuperable, atravesó su dulce Corazón; pero para identificarse con la Pasión del Señor, considérese cuán sublime amor nos ha demostrado Cristo en la abertura de su Costado, con la que nos ha abierto el camino hacia su Corazón. Apresúrese, pues, el hombre a entrar en el Corazón de Cristo; reúna todo su amor, uniéndolo al de Dios”*.

No podían faltar en aquel coro de Culto al Sagrado Corazón, en la cristianísima Edad Media, las voces virginales de Santas Religiosas. El Papa cita a Santa Gertrudis y a Santa Catalina de Sena, cuyos testimonios podrían llenar páginas y páginas, lo mismo que los de otras muchas Vírgenes del Señor de aquella época.

Terminada ella, surge en el siglo XVI la Compañía de Jesús, con el destino providencial de lo que, andando el tiempo, había de ser para el Culto al Corazón Divino. San Ignacio de Loyola, aun sin hacer mención expresa del Corazón de Jesús, en estos mismos términos, abre con su devoción a las Llagas, *“Dentro de tus Llagas escóndeme”*, y con toda su espiritualidad, centrada en Cristo, con su continuo pedir al Padre la gracia del “conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho Hombre, para que más le ame y le siga”, las sendas luminosas por las que muchos de sus hijos profundizarán de tal manera en ese conocimiento y amor de Jesús, para la práctica de su perfecto seguimiento, que llegarán hasta la más fervosa intimidad con el misterio del Corazón del Señor. *“Los mejores representantes de la genuina espiritualidad ignaciana (dice Josef Stierli, del que tomamos muchas de estas cosas) son los que practican y exponen mejor la devoción al Corazón de Jesús”*.

También aquí un ejemplo: San Pedro Canisio, Apóstol de Alemania, principal héroe de la restauración de Trento en el centro de Europa, y que ha sido llamado el más genuino hijo de San Ignacio entre todos los Santos de la Compañía de Jesús. Fue en Roma, el día en que había de hacer su solemne Profesión religiosa en manos de San Ignacio. De mañanita, y para prepararse al gran acto, se fue a San Pedro del Vaticano, y sabiendo que después de su Profesión, había de partir para su difícilísima misión de Alemania, postrado ante el Altar del Ssmo. Sacramento, consideró su vida anterior, el momentó presente del día de su Profesión, y lo que le esperaba en su misión apostólica. Lo que allí le sucedió

lo describe él mismo: *“Mi alma yacía en cierto modo ante Ti, sobre el suelo, con toda su fealdad, impura, perezosa, desfigurada por innumerables faltas y pasiones... Pero en seguida me abriste tu Corazón en tu santo Pecho, y me parecía como si lo viese directamente. Entonces me ordenaste beber de este manantial, al invitarme a recoger, de tu fuente, Redentor mío, el agua de mi salvación. En aquel momento tuve el ardiente anhelo de que corriesen sobre mí torrentes de fe, esperanza y caridad; tenía sed de pobreza, castidad y obediencia; y deseaba ser lavado, vestido y adornado por Ti. Me atreví a palpar tu amantísimo Corazón y poner en Él mis labios, y apagar así en Él mi sed. Después me prometiste cubrir la desnudez de mi alma con la triple vestidura de la paz, del amor y de la perseverancia, lo que venía muy oportunamente para mi próxima Profesión. Con este vestido de salvación tenía yo la plena confianza de que nada me faltaría, y de que todo redundaría en tu mayor Gloria”*. Huelga aquí todo comentario.

Tras S. Pedro Canisio, podríamos alegar expresiones y testimonios de otros muchos insignes hijos de San Ignacio, como San Francisco de Borja, San Luis Gonzaga, San Alonso Rodríguez, PP. Álvarez de Paz, Saint Jure, Nouet, Huby, y de un modo singularísimo el V. P. Luis de la Puente. Y con ellos, los grandes oradores y maestros de espíritu, ambos íntimos amigos de San Ignacio y de la Compañía, Beato Juan de Ávila y Fr. Luis de Granada.

Ni podía faltar en este cortejo precursor de la última y definitiva etapa, la voz elocuentísima del gran Bossuet. He aquí uno de sus más bellos y profundos pasajes, tomado de su panegírico de San Juan Evangelista, pronunciado en Metz en la fiesta del Santo: *“En este Corazón (el de Jesús) está el resumen de todas las maravillas del Cristianismo. Misterios de caridad que tienen su origen en el Corazón de Cristo, un Corazón, si así se puede decir, todo amasado de amor. Todas las palpitaciones, todos los latidos de este Corazón los produce la caridad. ¿Quién le impulsó... a vivir con nosotros? El amor. El amor fue quien le hizo bajar del cielo, y revestirse de nuestra naturaleza humana. Y ¿qué corazón habrá tomado esta naturaleza humana sino un Corazón totalmente amasado de amor?... Ese Corazón de Jesús abraza a todos los fieles. Tengamos también nosotros ‘Corazón de Jesús’, un corazón ancho, que a nadie excluya de su amor... Amémoslo en el Corazón de Jesucristo”*.

De parecida manera San Francisco de Sales, que parecía prever en su intuición sobrehumana, el destino vocacional de la Orden de la Visitación, por él fundada.

Hora es de cerrar esta etapa. La cierra el nombre glorioso de San Juan Eudes. Lo dice la Encíclica: *“A San Juan Eudes se debe el primer oficio litúrgico en honor del Sagrado Corazón de Jesús, cuya fiesta se celebró por primera vez, con el beneplácito de muchos Obispos de Francia, el 20 de octubre de 1672”*.

## PLENA MADUREZ Y PERFECCIÓN. – SANTA MARGARITA MARÍA Y EL BEATO CLAUDIO DE LA COLOMBIÈRE

Desde los comienzos de la Era Cristiana, la vida de los cristianos debió ser una vida participada de la vida misma de Cristo; y por consiguiente fue ya entonces, y lo será siempre, propio del cristiano no solamente vivir la vida misma de Cristo, participada de la de Él, sino también vivirla como Él la vivió; los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, como su cabeza. Ahora bien, la vida de Cristo fue vida de amor de caridad, y por lo mismo vida santísima, con las virtudes íntimas y verdaderas, las del interior, las del Corazón. Lo dijo Él: *“Aprended de Mí, pues soy manso y humilde de Corazón”* (Mt. 11, 29). Así pues, cada uno de los verdaderos cristianos, y más los que siguen a Cristo con perfección, muy de veras y muy de cerca, estaban llamados a vivir de tal manera, tan unidos con Él y transformados en Él por la gracia y la caridad, que de cada uno se pudiese decir, en mayor o menor grado, pero siempre con verdad, lo que se dijo de San Pablo: *“cor Pauli, Cor Christi”*.

Por eso, la admirable y amorosísima Providencia del Señor dispuso que ya en los comienzos mismos de la vida cristiana, naciese en la Iglesia el árbol del Culto al Corazón del Redentor; y que echando firmes raíces en las almas, fuese creciendo y desarrollándose, como árbol de vida, el de la vida auténticamente cristiana. Mas esto había de ser lento y gradualmente, porque todo lo que es vital, así crece y se desarrolla, hasta alcanzar la perfección. Y como en la vida sobrenatural y divina de la Gracia se atempera y acomoda Dios a lo que sucede, según las leyes establecidas por Él mismo, en la vida natural humana; eso fue disponiendo en el vital desarrollo del Culto al Sagrado Corazón de Jesús.

Hemos asistido, guiados por Pío XII, a ese paulatino pero vigoroso crecimiento; primeramente en la época Apostólica; después en la Patrística; más tarde en la Edad Media y comienzos de la Moderna, desde el siglo XII al XVII.

*Todo estaba preparado; todo hacía prever que llegaba el tiempo de la madurez y perfección. Y, en efecto, Aquel de quien canta la Iglesia en la Vigilia Pascual: “Cristo, ayer y hoy; Principio y Fin; Alfa y Omega; de Él son los tiempos y los siglos...”*, ordenó que esa dichosa madurez y completo perfeccionamiento del Culto a su Sagrado Corazón fuese en la sazón más oportuna y más necesaria, cuando por *“haberse multiplicado la iniquidad, se había enfriado la caridad de las multitudes”* (Cfr. Mt., 24, 12); en los tiempos en que el Jansenismo, so pretexto de piedad, apartaba insidiosamente las almas cristianas del amor de Dios y del Redentor, y de las fuentes de la Gracia y de la caridad, especialmente de la Sagrada Eucaristía.

Entonces intervino maravillosamente el Divino Fundador de la Iglesia. Y ¡de qué manera tan sorprendente y a lo divino! Hizo lo que nadie podía sospechar. No manifestó sus deseos y sus planes a un Sumo Pontífice, ni

a un insigne Prelado, ni a un egregio doctor teólogo, ni a un varón santo de contemplación y de acción; sino a una desconocida Religiosa de la Visitación de Santa María, la Hermana Margarita María Alacoque; y para director y guía de ella en la grandiosa y difícil empresa que el mismo Jesús había confiado a la pobre Religiosa, se escogió un joven Religioso de la Compañía de Jesús, recién terminados sus estudios y su tercera probación, sin experiencia apenas de la vida, y, por añadidura, débil y enfermizo; pero a quien el mismo Cristo se lo había preparado por la más profunda y práctica humildad y la más verdadera y ardiente caridad; como por la misma heroica humildad y caridad se había preparado Cristo a la que había de ser su confidente de Paray-le-Monial.

Lo dice Pío XII con claras y terminantes palabras: *“Pero entre todos los promotores de esta excelsa Devoción, merece un puesto especial Santa Margarita María Alacoque, quien con la ayuda de su director espiritual, el Beato Claudio de la Colombière, y con su ardiente celo, consiguió que este Culto, no sin admiración de los fieles, adquiriese un gran desarrollo; y, revestido de las características del amor y de la reparación, se distinguiese de las demás formas de la piedad cristiana”*.

Una vez más se repetía lo que nos refiere el pasaje evangélico de los júbilos del Corazón de Jesús: *“En aquellos momentos Jesús se estremeció de gozo en el Espíritu Santo, y dijo: Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque encubriste estas cosas a los ojos de los sabios y de los prudentes, y las descubriste a los pequeñuelos. Sí, Padre; que tal ha sido tu beneplácito”* (Mt., 11, 25, 26).

Los hechos, brevisísimamente compendiados, sucedieron de esta manera:

El 20 de junio de 1671 ingresaba Margarita María, a los 24 años de su edad, en el Monasterio de Paray-le-Monial, de la Orden de la Visitación. Desde entonces se dedicó “a ser santa a toda costa”, y a “entregarse a Cristo, toda y sin reservas”. Son sus palabras en su Autobiografía. Su noviciado abunda en gracias extraordinarias, que ella procura ocultar en lo posible. En sus Ejercicios para la Profesión religiosa de Noviembre de 1672, dice: *“He aquí mis resoluciones, que deben durar hasta el fin de mi vida, puesto que están dictadas por mi Amado. Después de haberle recibido en mi corazón, me dijo: ‘He aquí la llaga de mi Costado, para que hagas en ella tu mansión actual y perpetua. Aquí podrás conservar la vestidura de inocencia con que he revestido tu alma, a fin de que vivas en adelante la vida del Hombre-Dios, viviendo como si ya no vieras tú, para que viva Yo perfectamente en ti”*. Inicia así Cristo lo que después seguirá, y se prepara su fidelísimo instrumento. Es emocionante lo que sigue a las palabras citadas; es un acto de perfectísima entrega y consagración a Jesucristo, y que lo escribió con su propia sangre. Se puede ver en la



misma Autobiografía. A poco, comienzan las grandes apariciones, en que le fueron comunicados los mensajes del Señor sobre el Culto a su Corazón. La primera, el día de San Juan Evangelista, 27 de diciembre de 1673. La refiere la misma Margarita María, como las que se sucedieron. Por fin, la más grande revelación, con el encargo de procurar la festividad litúrgica del misterio del Corazón de Jesús. Aconteció el día de la Octava del Corpus de 1675. Habla ella misma: *“Estando en presencia del Ssmo. Sacramento, un día de su Octava, recibí de Dios gracias extraordinarias de su amor; y deseando corresponderle en algo, y pagarle amor con amor, me dijo: ‘No puedes darme mayor prueba de él que la de hacer lo que ya tantas veces te he pedido’. Entonces descubriéndome su Divino Corazón, ‘He aquí este Corazón, que tanto ha amado a los hombres, que nada ha ahorrado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor; y en correspondencia, no recibo de la mayor parte sino ingratitud, por sus irreverencias y sacrilegios, y por la frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de amor. Pero lo que me es más sensible es que son corazones que me están consagrados los que me tratan así. Por esto te pido que sea dedicado el Viernes que sigue inmediatamente a la Octava del Santísimo Sacramento, a una fiesta particular, para honrar mi Corazón, comulgando ese día, y reparando su honor por medio de un acto de desagravias, para expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los Altares. Te prometo también que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su Divino Amor sobre los que le rindan este honor, y sobre los que procuren que le sea tributado’ ”.*

¡Pobre Margarita María!; el encargo era suavísimo, sí; era de una inmensa predilección de amor de Cristo para con ella; pero, ¿y su cumplimiento? Era difícilísimo; en lo humano, parecía imposible. Encerrada ella en un Claustro, sin cualidades ni medios de ningún género; y, para

colmo, se había ido formando a su alrededor un ambiente contrario, como si fuera una visionaria, una ilusa. Pero en medio de sus hondas incertidumbres y angustias, oyó que le decía el Señor: *“Vive segura; yo te enviaré a mi siervo fiel”.*

Era el P. Claudio de la Colombière, recién llegado como Superior a la pequeña Residencia de la Compañía de Jesús en Paray. Era el mismo año 1675. Desde que por primera vez fue al Monasterio de la Visitación para una plática de Comunidad, Cristo le iluminó para que reconociese en la humilde religiosa un alma extraordinaria; y Margarita María sintió internamente una voz que le decía con toda claridad: *“Este es el que te he enviado”.* Examinó el P. Claudio atentamente el espíritu y todas las cosas de Margarita María, en especial las manifestaciones que le había hecho Cristo Jesús; lo aprobó todo plenamente; se consagró él mismo al Corazón Santísimo del Redentor con una entrega del todo perfecta; y desde entonces el fiel siervo y el eximio amante del Corazón de Jesús se hizo el infatigable apóstol, hasta su muerte, del Culto providencial. Su norma de vida, la que él expresó así: *“Vivir dignamente conforme a la vocación religiosa con que he sido llamado, para corresponder con mi amor al que me ha amado, y para reparar las injurias que le hacen los ingratos a su amor”.* La trama de toda su vida, una identificación perfecta de su voluntad con la de Cristo, según las prescripciones y normas de su santo Instituto Religioso; pero el motivo de todo, el amor y la reparación. Con indecible ardor se dedicó a propagar por doquiera el Culto y Devoción al Corazón de Jesús.

Lo que a partir de aquellas fechas memorables ha sido este Culto en la Iglesia de Dios; el majestuoso curso del que como río desbordado en ingente inundación, según el relato litúrgico dispuesto por Pío XI, ha ido llenando los campos, ya más feraces, del Padre de familias, nos lo expondrá después la Encíclica, hacia el final de ella.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

“No se crea que la solicitud pastoral... implique cambio de juicio hacia los errores difundidos en nuestra sociedad ya condenados por la Iglesia, como el marxismo ateo, por ejemplo: tratar de aplicar remedios saludables y urgentes a una enfermedad contagiosa y mortal, no significa cambiar de opinión sobre ella, sino buscar el modo de combatirla no sólo teóricamente sino prácticamente.”

PAULO VI. Alocución a la semana de “*Aggiornamneto Pastorale*”,  
6 septiembre 1963.

# CAMBIOS Y CONFLICTOS

## *Alemania e Inglaterra*

Se considera a Inglaterra como una democracia tradicional y a Alemania como un neófito en el terreno de la democracia.

Por circunstancias distintas, aunque parecidas, por desgaste físico y político, en ambos países se ha procedido al cambio del Jefe del Gobierno.

Como Alemania tiene todavía muy reciente su título de democracia, el cambio tenía que hacerse lo más espectacularmente democrático posible, de forma que en ningún caso pudiera prevalecer la voluntad del Jefe anterior, pues eso hubiera sido llamado allí dictadura. En consecuencia no sólo no podía prosperar la propuesta de Adenauer en cuanto a su sucesor, sino que, para que quedase más claramente destacada la capacidad democrática del pueblo alemán, se eligió precisamente al que aquel menos deseaba que se eligiese, pues sería el que menos habría de seguir su línea política.

Con Inglaterra, no dándose el peligro de ser tildados de dictadura, era diferente y podían obrar más dictatorialmente. Estaba claro que las posibilidades de sucesión en el puesto de Premier se concentraron en dos nombres: Mr. Butler y Lord Home. Gran sector de la opinión veía con buenos ojos la elección del primero y, por el contrario, Míster MacMillan deseaba la del segundo. Y triunfó el segundo.

Lord Home representaba la continuidad en la línea política del cesante; Mr. Butler tenía ideas propias y renovadoras.

La política suele ser la ciencia del olvido de los favores y del recuerdo de los agravios.

Cuando la anterior elección para la Jefatura del Gobierno, Mr. Butler tenía las máximas posibilidades de llegar a Premier y puede que lo

hubiera sido de no mediar la misteriosamente poderosa influencia del Marqués de Salisbury.

Una vez designado MacMillan, Mr. Butler colaboró leal y eficazmente con él, siendo posiblemente lo más sólido y estable de su Gabinete. Aquella pugna fue un agravio y esta ayuda leal un favor. Había que olvidar éste y recordar la otra.

Por eso, con o sin la intervención de Lord Salisbury, Mr. Butler fue descartado y fue democráticamente impuesto Lord Home, que pronto ascenderá a llamarse sólo Mr. Douglas-Home.

## *Marruecos y Argelia*

La guerra o la cuasi-guerra puede ser una indigna, pero hábil salida para una difícil situación política.

Tal es el caso de Argelia. Para Ben Bella la situación política interior se venía haciendo insostenible. Con cuatro de los más destacados colaboradores y jefes de su revolución en la cárcel y con una situación económica harto difícil, la rebelión en la Kabylia de otro de sus colaboradores más directos acabó de complicar las cosas hasta extremos desagradables.

Aparentemente sofocada mediante un no menos aparente paseo militar, Ben Bella sabía muy bien que la rebelión, continuando en los poco accesibles escondrijos de aquella región, cual sucediera con los franceses otrora, sería un fermento latente que acabaría por ir prendiendo en las masas. Los guerrilleros serían héroes y el Gobierno pasaría a ser opresor, con lo que las simpatías estarían del lado de los primeros.

Reducida a guerra de guerrillas la represión requería mucho tiem-

po y cuantiosos gastos. Pero Ben Bella no disponía ni de tiempo ni de fondos. El tiempo iba tan en su contra que de no hallar un remedio especial podía pensar con fundamento que su Jefatura tenía los días contados.

El remedio especial no podía ser otro que una guerra o una cuasi-guerra.

Si ante la situación bélica el rebelde no deponía las armas, pasaría a ser un traidor y perdería todas las simpatías. Si las deponía sería desarmado con toda su gente y se le haría desaparecer más o menos discretamente. Por otra parte una guerra es un buen pretexto para exaltar el patriotismo, enardecer los ánimos y distraer, o al menos hacer que se olviden un poco, las penurias y dificultades.

Había, pues, que inventar una guerra con sus movilizaciones y sus espectaculares traslados de tropas que fascinan e impresionan al pueblo. Por eso se creó la guerra con Marruecos: se tomaron unos puestos fronterizos, se mataron unos cuantos soldados, se quemaron varios vehículos y se lanzaron las frases rituales de agresión y de defensa para preludiar esa guerra o cuasi-guerra.

Puede que se arregle, puede que se encienda, mas lo que se pretendía ya está conseguido. Hoy ya no se habla de la Kabylia, ni de exposiciones llamadas nacionalizaciones, ni de penurias.

## *Paz o guerra*

Para los países del Mediterráneo, en particular, y para todos, en general, la componenda o la lucha tiene su trascendencia.

Es evidente que Argelia, ese país artificialmente creado por Francia a su conveniencia en tierras del an-

tiguo reino de Numidia, va siguiendo regular y aceleradamente las etapas clásicas para convertirse en un país comunista. Exactamente igual a como lo ha venido haciendo, para poner el ejemplo más reciente, la isla de Cuba. Socialización progresiva con declaraciones formales de no ser comunistas, sino sólo socialistas, para acabar no siendo socialistas sino sólo comunistas.

Si la cuasi-guerra termina en paz, Ben Bella habrá salvado el bache, se habrá consolidado, habrá logrado eliminar peligrosos rescoldos y podrá proseguir sin más la comunización del país.

Moscú lanzó hace tiempo el slogan de que los árabes, por sus creencias, no podían ser comunistas, pues así convenía decirlo entonces.

Puede que sea llegada la hora de que Ben Bella demuestre cuán sofística sea esa afirmación.

Si la cuasi-guerra degenerase en guerra, el triunfo de Argel sería de gran importancia para Moscú, que tendría que apoyarle, más o menos disimuladamente, con todas sus fuerzas, sea directamente sea indirectamente vía Egipto.

Continuando con las suposiciones, si esto sucediera, ¿qué harían los demás países? La mayoría declaraciones formales de simpatía a favor de uno u otro y de condenación

de la guerra. Pero para tres países puede que eso no fuera suficiente: Francia, Estados Unidos y España. Podría añadirse Italia, vista su proximidad mediterránea, pero dada su disgregante situación interna que le quita fuerza, y la creciente influencia socialista-comunista, es fácil de preveer una condena ritual del uso de las armas y un acentuado benbellismo.

Estados Unidos, que ya antes apoyaron no muy certeramente a Ben Bella contra Francia, deberían rectificar y, caso de decidirse a hacer algo, decantarse del lado de Marruecos. Pero probablemente harían lo contrario.

Para Francia es evidente que Ben Bella no merece ninguna clase de simpatías. Le sería muy grato apoyar una acción que, a la vez que obligaría para con ella a Marruecos por razón de la ayuda recibida, pudiera servir para deshacer las desagradables situaciones creadas por aquel.

Se podría llegar a imaginar un extenso reino del Mogreb, del Atlántico al Mediterráneo, con un Hassan amigo, quien, por reciprocidad pactada, hiciera respetar luego los intereses de Francia. Pero entra en lo probable que, con el doble apoyo de Rusia y de EE. UU., pues éstos, además, desearían llevar la contraria a Francia, la vic-

toria se diese para el bando argelino, en cuyo caso el petróleo y los intereses de ésta pasarían a una situación aún más crítica. Consecuentemente la prudencia le impondría la abstención.

Queda por fin España. En estos últimos tiempos no han sido la lealtad y la gratitud virtudes que hayan destellado entre los árabes. Como tales, ni uno ni otro merecen ninguna simpatía. Pero, por principios, España tendría que ser decididamente anti-benbellista.

La futura consolidación de un país comunista en tan próxima vecindad sería altamente desagradable. Por lo tanto debería conceder plena ayuda a Marruecos. Pero si triunfase Marruecos y se erigiera ese gran reino del Mogreb de que hablábamos, étnica y geográficamente justificable, como puede que la gratitud fuese luego, como hasta ahora, muy tenue, no tardaría ese reino en querer homogeneizar su territorio reclamando seguidamente los que considera quistes hispanos y que nosotros llamamos provincias africanas. Ante tal peligro no vendría ese apoyo.

¿Qué hacer, pues? De momento, un mensaje de simpatía y de deseos de paz a cada uno. Luego, ya veremos.

FERNANDO SERRANO MISAS

## MARIA EN EL PENSAMIENTO DE JUAN XXIII

“Nota característica de su Mariología puede decirse que es la indisoluble unión de la corporal maternidad de María hacia Cristo con la espiritual maternidad de la misma Virgen hacia los cristianos, miembros de Cristo. Juan XXIII no llamaba nunca a María Santísima “Madre de Jesús” sin añadir en seguida “y Madre nuestra”. Se podrían citar centenares de ejemplos. En esta maternidad universal (de Cristo y de los cristianos, del Redentor y de los redimidos, de la Cabeza y de los miembros). Juan XXIII veía la esencia misma de María, su misión, la razón de todos los dones y privilegios con que Dios la enriqueció.”

(GABRIELE M. ROSCHINI, *L'Osservatore Romano*, 29 septiembre 1963.)

## ¿DE QUE SE TRATA VERDADERAMENTE EN EL VIET-NAM?

Con este título *L'Homme Nouveau* publica unas notas del P. Naidenoff, especializado en el conocimiento del Extremo-Oriente que revela el aspecto de la tensión y evidencia como superficiales las tomas de posición de un conjunto de periódicos y radios.

Según él, el fondo de la dificultad reside en el conflicto respecto a la bandera nacional, es decir, a propósito de la concepción fundamental del Estado.

Es la concepción del Estado lo que está en juego. Se trata de saber si el Viet-Nam, tan dividido desde el punto de vista de las religiones, será un estado confesional budista, porque los budistas están en mayoría.

Diem, como católico, tiene una doctrina sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Quiere llevar a la realidad un Estado verdaderamente moderno en el que el poder civil y el poder religioso ejerzan en su propio campo.

Sobre otro plan, hay que reconocer que esta concepción, llamada moderna, de la nación no confesional, plantea un problema delicado a la conciencia católica. Sin duda, para nosotros, católicos, el ideal es que un pueblo, y aún todos los pueblos, reconozcan a Cristo, Rey de todas las naciones. Pero este ideal no tiene absolutamente nada que ver con la imposición forzada de una religión por parte del Estado.

Sobre este punto, los párrafos siguientes del P. Naidenoff son particularmente ilustrativos.

\* \* \*

“El asunto budista en el Viet-Nam es grave. A pesar de sus consecuencias políticas y su marco pasional, se trata de una cuestión religiosa, pero no del aspecto que se cree.

”Con este motivo, se ha hablado de los privilegios que gozan los católicos, pero ¿se sabe, entre otras cosas, que la mitad de los seminaristas han de prestar el servicio militar por tiempo indeterminado, mientras que los bonzos budistas son dispensados de dicho servicio?”

Se habla de persecuciones, pero ¿se sabe que la cuarta parte (1.275) de las pagodas del Viet-Nam han sido construidas por el gobierno desde que Diem está en el poder? Otra cuarta parte ha sido restaurada durante el mismo período. ¡Oh ironía de las circunstancias, la gran pagoda *Xa Loy*, de Saigón, donde se inhumó el primer bonzo abrasado, fue construida con el dinero ofrecido por Diem.

Se podrían multiplicar los ejemplos. Se podrían también detallar los agravios budistas y sus cinco grandes reivindicaciones, tres de las cuales son consecuencia de los acontecimientos de 8 de mayo (liberación de las per-

sonas detenidas, indemnización a las familias de las víctimas, castigo de los culpables).

Otras dos son permanentes. Los budistas se lamentan que sus asociaciones no tienen estatutos propios. Esta situación se deriva del artículo 10 de una ley que data de 1950, es decir, antes del gobierno de Diem. Se ha formado una comisión para reformarla.

Pero la principal reivindicación lleva al principio de la bandera: la bandera de Buda y la bandera nacional. Ahí está la cuestión de fondo, la verdadera cuestión.

Si se tratara de una simple querrela entre un presidente católico y la mayoría budista, si se tratara de una “discriminación religiosa”, la cuestión podría resolverse por medio de un compromiso y concesiones, como se intentó el 16 de junio con la Delegación budista. Pero la puesta es más profunda. Si por encima de la batalla y más allá de los gestos espectaculares, se comprende lo va a continuación, se tendrá la clave de todo este asunto que parece será largo.

Hasta ahora el pueblo vienamita estaba unido ante una lucha negativa. Combatía contra el colonialismo, el imperialismo, los feudos, en fin, contra el comunismo. Poco a poco, y esto gracias al presidente Diem, el Estado vietnamita se delineó y la nación vietnamita fue constituida. Poco a poco, el patriotismo, y el amor a la patria se infiltraron al conjunto de la nación. Para un católico, y para el presidente Diem mismo, la cuestión es relativamente sencilla, pues el cristianismo le da una doctrina muy clara sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado: a cada uno su campo de acción, como lo ha dicho repetidamente en estos días el arzobispo de Saigón.

Los budistas, no tienen doctrina referente a sus relaciones con el Estado. El budismo ignora el Estado. En Tailandia, en Birmania y en Cambodge, el budismo absorbe el Estado, o si se quiere, el Estado ha incorporado el budismo. Uno es a la vez birmano y budista, thailandés y budista. Ambos poderes no constituyen más que uno.

El Viet-Nam del norte sale de la edad media y encuentra los Estados budistas, pero el Viet-Nam del norte se encamina hacia las estructuras modernas. Poco a poco la conciencia patriótica y cívica adquiere la posición natural entre el pueblo vietnamita allí donde hasta el presente la religión y el Estado han sido confusamente unidos. Bruscamente, a consecuencia de los acontecimientos de Hue, los ojos de los budistas se han abierto.

Y ¿qué ha ocurrido? Cuatro días antes de la fiesta de Buda, que coincidía este año con la victoria vietnamita de Diem Bien Pahú, un decreto gubernamental prohibía cualquier otro emblema que no fuera la bandera nacional, y el decreto aparecía simultáneamente en todo el territorio. Sólo pocos días antes, en la villa de Hué había te-

nido lugar una gran ceremonia católica sin interdicción de ninguna clase. De golpe, el decreto gubernamental, aparecido algunos días después, se consideró una medida vejatoria dirigida contra los budistas. Esto provocó la explosión. Ya se conocen las consecuencias. *La querella se refirió en un principio a la bandera. Los budistas querían dar prioridad, mejor dicho, exclusividad, a la bandera de Buda. El gobierno exigía la prioridad de la bandera nacional.* Resulta casi cómico leer el comunicado conjunto publicado (después del primer acuerdo del 16 de junio) por el gobierno y las primeras autoridades budistas. Dos páginas enteras se consagran a determinar el lugar que corresponde y las dimensiones que han de tener la bandera vietnamita y la budista, en las procesiones, las pagodas, etc.

Pero esto que parece cómico en realidad es trágico. Quiere decir que desde ahora es preciso elegir. Cuando el artículo primero del comunicado conjunto de 16 de junio declara que "la bandera nacional, símbolo del alma del pueblo, debe ser siempre honrada y expuesta en el

lugar que le es debido", se llega al fondo de la cuestión. Exige esta prioridad no solamente de los budistas, sino de los católicos, de los confucionistas, y de todas las demás religiones. No permite a los católicos dar prioridad a la bandera del Papa ni a los budistas del prioridad a la bandera de Buda.

El ciudadano de un Estado moderno comprende esto fácilmente. Y también la mayor parte de los budistas lo comprende allí.

La mayoría del ejército, de los ministros, de los funcionarios y las selecciones nacionales, adheridas al budismo, han dado sin embargo durante los acontecimientos pruebas de un patriotismo constante. Pero una minoría fanática continuará haciéndose sacrificar, haciéndose abrasar para defender una posición de privilegio. *En resumen: lo que ocurre es exactamente al revés de todo lo que se dice y escribe sobre este asunto.* No se trata de dar a los católicos una situación de privilegio, sino de *conducir a ciertos activistas budistas a la visión moderna de un estado, cuyo símbolo es la Bandera.*

GEORGES NAIDENOFF  
Director-Redactor Jefe de "Missi"

---

## LA IGLESIA CATÓLICA EN EL CONGO

El Congo ha atraído durante mucho tiempo las miradas del mundo como la piedra preciosa del África. Tercer país del continente africano por su superficie, es sobrepasado por el Sudán y por Algeria en razón solamente de las inmensas extensiones desérticas de estos dos países. Con sus 13.855.000 habitantes, es asimismo uno de los más poblados. La admirable riqueza de sus recursos industriales y el grado de su puesta en valor, le clasifican entre las primeras potencias económicas africanas y está llamado a jugar un papel de primer orden. La sabiduría de su administración le había estabilizado en una paz profunda envidiada durante mucho tiempo por sus vecinos. En fin y sobre todo, lo que seducía los corazones cristianos, era el espectáculo de un éxito espiritual maravilloso: apenas pisado por los misioneros de 1880, el Congo contaba 346.000 católicos, 40 años más tarde (1920) y alcanzaba casi los 5.000.000 en 1959, o sea una tercera parte bien holgada de la población. Gracias a los misioneros, que habían asumido casi por completo las tareas de la educación hasta años recientes, el país disponía además de una de las redes de educación más desarrolladas del continente.

La independencia vino en junio de 1960 muy rápida y en plena concordia. Un mes después esta construcción de sólidas apariencias daba la impresión de venirse a

tierra como un castillo de naipes y descubriría un volcán cuyas avenidas de lava amenazaban sumergir regiones enteras y hasta todo el África. El Congo no deja de atraer la atención del mundo, pero ahora, no por sus esplendores, sino por la angustia que suscita.

### La Iglesia en la prueba

Saludando al pueblo congolés en un radiomensaje con ocasión de la proclamación de su independencia, Su Santidad Juan XXIII declaraba en nombre de la Iglesia universal que "su alegría y su confianza encuentran un motivo particular en la vitalidad de la comunidad católica congoleña". Palabras doblemente proféticas, porque la Iglesia congoleña, enfrentada bruscamente con una prueba inesperada, se ha revelado íntegra, joven, dinámica, y sus selecciones, por otra parte, han contribuido más que nadie a hacer salir al país del caos y proporcionarle las oportunidades de un nuevo arranque.

Educadora de la nación y madre amada de una tercera parte del Congo, la Iglesia ocupaba un gran puesto en este país. La densidad relativa de sus cuadros, 2.776 sacerdotes (o sea una quinta parte del clero africano), de los que 389 eran africanos, y unos 4.000 religiosos, le

permitían una acción profunda. Su colaboración confiada pero lúcida con las autoridades administrativas y económicas de la colonia, habían valido a los congolese un conjunto de realizaciones sociales que dejaba tras sí a buena distancia todo lo que en otras partes del continente había sido emprendido.

Como contrapartida, la estrechez de esta colaboración la había hecho en buena medida sospechosa de colonialismo. Lo más grave es que los misioneros habían adoptado la concepción prevalente en los medios oficiales, es a saber, la de una evolución muy lenta realizada por un progreso global del pueblo. Mientras en otras partes se dedicaban preferentemente a la formación de una selección capaz de cooperar en el desarrollo del país y de tomarlo pronto entre sus manos, aquí el esfuerzo educativo se concentró en las escuelas primarias. La educación secundaria y universitaria no apareció sino después de la última guerra, con anticipación por lo demás a las directivas oficiales. Lo que había pasado por sabiduría, daba la impresión a los ojos de los congolese modernos de un freno insoportable a su promoción. En todos los sitios faltaban los cuadros africanos, en la Iglesia así como en el Estado, y se había tardado en franquearles el paso a los puestos de responsabilidad. El primer obispo de origen congolés no fue nombrado hasta agosto de 1956; otros tres siguieron en 1959-1960.

El 29 de noviembre de 1959 la institución de la jerarquía eclesiástica corona la obra misionera del Congo, en lo sucesivo dividida en 6 arzobispados y una cuarentena de obispados y prefecturas apostólicas. Sicológicamente esta Iglesia brillante está tan mal preparada para la independencia que la mayoría de los misioneros la juzgan todavía como quimérica, pero que será decidida tres meses más tarde y realizada poco después.

Por un momento las fuerzas complejas que se entrelazan en el Congo parecen encontrar un punto de equilibrio y el porvenir se esboza como una metamorfosis progresiva sin ruptura con el pasado. Es esto precisamente lo que precipita la crisis. El pueblo, harto por otra parte de pomposas promesas electorales, se impacienta al ver que aparentemente nada ha cambiado después de la declaración de la independencia y reclama señales tangibles de su nueva situación: promociones de cuadros, elevación de los salarios. Las nuevas autoridades, como las antiguas, no tienen previsto nada para hacer rostro a estas reivindicaciones, sobre todo no han imaginado que la Fuerza Pública se apoderaría de la dirección suprema de todo. De un golpe el país se encuentra lanzado hacia el caos, presa de las violencias y del pánico.

Englobados en el odio que se desfoga contra el blanco, los misioneros, sacerdotes, hermanos, religiosos y laicos, reciben buena parte de los golpes y de las iras. Cuando motivos de la Fuerza Pública les acusan de ocultar paracaídas belgas o de servirles de espías, el público se deja seducir voluntariamente. A decir verdad, salvo excepciones, las violencias son más verbales que reales y son obra de un puñado de hombres sobre-

excitados. El pueblo congolés, desconcertado por esta explosión inesperada y desorientado por los rumores fantásticos que transmite la radio o que circulan de boca en boca, permanece pasivo o, frecuentemente, después de un momento de excitación, se organiza para proteger a sus misioneros.

En estas horas caóticas el rostro de la Iglesia se revela con un esplendor asomproso. Los misioneros de tantas proveniencias, lejos de ceder al contagio del miedo, permanecen en su puesto consagrados a sus ovejas para la vida y para la muerte. El clero africano permanece a su lado con plena deliberación y aprovecha toda ocasión de manifestar su solidaridad con ellos, hasta llegar a ofrecerse a los insultos y a los golpes para participar de la misma suerte que aquéllos. Por dondequiera que las circunstancias aconsejan a los misioneros desaparecer, los sacerdotes congolese llevan a cabo el relevo con una valentía tranquila, hacen volver la calma a los espíritus y restauran la vida cristiana. Arrostrando la impopularidad, los sacerdotes no dudan en recordar su deberes a las autoridades de todo rango y de interponerse para salvar a los grupos de europeos amenazados. En cuanto a los cristianos, hay tibios entre ellos que se apartan de la Iglesia desde el momento en que el medio en que viven cesa de conducirles a ella; hay rutinarios poco capaces de elevarse a la altura de las dramáticas circunstancias; hay otros, muchos otros, de una fidelidad imperturbable que cierran las filas alrededor de sus sacerdotes para protegerles si es preciso, pero también para asistirles más activamente en su ministerio, porque comprenden mejor que participan en la responsabilidad de hacer brotar las fuentes de la vida en medio de su pueblo.

En la brusca explosión de pasiones desordenadas que marca el comienzo del verano de 1960 los misioneros, frecuentemente amenazados, salen en fin de cuentas limpios de grandes daños. Sobre los 650 puestos que cuenta el Congo, una docena solamente ha tenido que ser abandonada y eso por unos días.

Las rivalidades personales y tribales se conjugan desgraciadamente en el mes de agosto para paralizar el Gobierno y precipitar al país en la guerra civil. La inseguridad se instala en el sur de Kasá y en el norte de Katanga, donde 40 puestos sobre 100 tienen que ser abandonados y los otros quedan en dificultades. En Kivú-Manieba y en la provincia oriental (Stanleyville) domina la influencia de Lumumba y la Iglesia se encuentra allí frente a la hostilidad, y muchas veces frente a la violencia, que se desencadena particularmente después de la muerte trágica del célebre jefe anunciada el 12 de febrero de 1961.

### *Reconstrucción*

El inverosímil embrollo de Katanga, donde se envuelven tantos intereses y pasiones nacionales e internacionales, ha enmascarado generalmente a los ojos del gran público la reconstrucción operada en el Congo. Los comisarios generales puestos en su sitio por el coronel

Kobutu con el apoyo del presidente Kasavubu en noviembre de 1960, eran hombres conscientes y competentes formados en general en la Universidad Lovanium. Sin palabrerías ni baladronadas, han sabido volver a poner en marcha los mecanismos y encauzar los negocios antes de ceder el puesto a un gobierno regular único capaz de aportar soluciones a los problemas políticos. El gobierno Adoula, llevado al poder en agosto de 1961, consiguió sobre todo reducir las tendencias secesionistas a excepción de Katanga. A fines de 1961 las tres cuartas partes de este inmenso país se encontraban trabajando en paz; desgraciadamente, para volver a la prosperidad de antaño, le faltaban todavía las fabulosas riquezas de Katanga.

La Iglesia ha contribuido no poco a este apaciguamiento. Las palabras de Mons. Malula, Auxiliar de Léopoldville, delante del gobernador y del parlamento reunidos para celebrar el primer aniversario de la independencia, permanecerán grabadas en las memorias: "Habéis sido elegidos por el pueblo y para el pueblo. Es a él a quien ante todo tenéis que servir. La carrera por el poder, las ambiciones personales, las rivalidades y las oposiciones tribales son un veneno para la nación. El Congo se gloria de jefes capaces de sobrepasarse a sí mismos en un ímpetu de consagración desinteresada. Hermanos míos, el pueblo que os ha escogido espera cansado de sus miserias". Su llamamiento ha encontrado una amplia acogida.

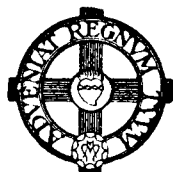
En el dominio religioso el acontecimiento decisivo es la asamblea plenaria del episcopado congolés, abierta en Léopoldville el 20 de noviembre de 1961. Reunido por primera vez después de la independencia, comportaba también por primera vez una importante participación congoleña: 4 obispos residenciales, 4 auxiliares y 20 vicarios generales. Ella presenta sobre todo la originalidad de haber sido preparada a largo plazo con una encuesta llevada a cabo en todo el país con la participación de sacerdotes y de seglares para fijar el punto en que se encontraban las cosas: estado de los espíritus, necesidades

de los fieles, revisión con vistas a una renovación espiritual.

En la provincia de Kivú, así como en la provincia oriental y en el sur de Kasái, un número de puestos han podido ser reocupados. Por el contrario, en el norte de Katanga, se hacen las cosas más inseguras cada vez. Bajo pretexto de llevar el combate contra la policía de Tschombé, bandas lumumbistas y balubas incontrolados continúan sembrando el terror. Después del asesinato de los aviadores italianos, el drama culmina en el de los veinte misioneros perpetrado en Kongolo el 1º de enero de 1962.

Inaugurado con este sacrificio sangriento, el nuevo año recoge los frutos abundantes de él. La J.O.C y la Unión de Trabajadores Congoleños (afiliados a la Internacional de los Sindicatos Cristianos) se emplean eficazmente en promover un programa de acción social y económico. La Legión de María se va desarrollando. La reunión de la Esperanza, efectuada bajo los auspicios del presidente Kasavubú y del general Mobutu, vuelve a lanzar el movimiento escultista. La pacificación es fomentada en las diócesis tan probadas de Kongolo, Baudouville y Kasongo, de manera que en los primeros días de 1963 se podía esperar próximo un retorno general a la vida normal.

Es a todas luces evidente que la gran masa de la población, aun la no cristiana, simpatizada con la Iglesia. Los diversos movimientos de Acción Católica han resistido bien a la prueba, incluso allí donde ella ha sido más dura y más larga. En cuanto al clero, sea cual sea su origen, ha dado pruebas de un ímpetu y de una lucidez que suponen las más bellas promesas para el futuro. Pero queda todavía mucho que hacer en un pueblo presa de la miseria y del paro, decepcionado en sus primeras esperanzas, desorientado por los enredos. Queda por construir una Iglesia plenamente africana, inspiradora del pueblo en los caminos de la justicia y de la paz.



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Noviembre - 1963

**GENERAL:** Que los clérigos y los laicos acojan con prontitud de ánimo y lleven a la práctica las decisiones del Concilio.

**MISIONAL:** Por la propagación del Evangelio en las islas de Oceanía.

**CRISTIANDAD**

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46



## XXXIX DIA UNIVERSAL DEL AHORRO

31 OCTUBRE 1963

# FAMILIA QUE AHORRA FAMILIA FELIZ

El arraigo del ahorro familiar en Cataluña y Baleares queda de manifiesto en la importante cifra de

**CINCUENTA Y UN MIL TRESCIENTOS MILLONES DE PESETAS**

a que asciende el saldo de las Cajas de Ahorros que integran la

## FEDERACION DE CAJAS DE AHORROS CATALANO-BALEAR

que permite a estas instituciones ayudar al bienestar colectivo con el sostenimiento de numerosas obras benéfico-sociales.

**HOSPITALES • SANATORIOS • CLINICAS • DISPENSARIOS  
COLONIAS ESCOLARES • GUARDERIAS • HOGARES PARA LA VEJEZ  
BIBLIOTECAS • CONSTRUCCION DE VIVIENDAS ECONOMICAS  
PENSIONES Y PREMIOS AL AHORRO**

Confíe sus economías a las Cajas de Ahorros benéficas y cooperará a dar realidad social al lema bajo el cual han actuado durante el presente año.

**CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE BARCELONA  
CAJA DE PENSIONES PARA LA VEJEZ Y DE AHORROS DE CATALUÑA Y BALEARES  
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE LA DIPUTACION DE BARCELONA  
CAJA DE AHORROS "SAGRADA FAMILIA"  
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE LAS BALEARES  
CAJA DE AHORROS DE SABADELL  
CAJA DE AHORROS DE TARRASA  
CAJA DE AHORROS DE MANRESA  
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE MATARO  
CAJA DE AHORROS DE MANLLEU  
CAJA DE AHORROS DEL PANADES  
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE LERIDA  
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE LA DIPUTACION DE GERONA  
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE LA DIPUTACION DE TARRAGONA  
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE POLLENÇA**

